

El escaso predicamento del amarillismo en la prensa española. El caso del diario tinerfeño “La Mañana”, 1922-1923

Julio Antonio YANES MESA

Profesor de la Facultad de Ciencias de la Información
Universidad de La Laguna

El paradigma periodístico que se ha dado en llamar amarillismo cristalizó a finales del siglo XIX en los Estados Unidos, al calor del duro enfrentamiento que sostuvieron William Randolph Hearst (1863-1951) y Joseph Pulitzer (1847-1911) en disputa del naciente segmento del mercado lector que, poco a poco, estaban conformando las clases populares en la ciudad de Nueva York. Hasta entonces, tanto la prensa norteamericana como la europea habían sido un producto esencialmente elitista¹ en coherencia con el elitismo de los sectores ilustrados en los que circulaba, circunstancia que al impedir la configuración empresarial del sector había arrojado a los periódicos en brazos del mecenazgo político. Pero conforme decursó el siglo XIX, la paralela expansión del liberalismo y de la revolución industrial se habían encargado de ampliar, sigilosa pero inexorablemente, el mercado lector en los países más avanzados al calor del desarrollo urbano, la libertades públicas, la regresión del analfabetismo y, en definitiva, la mejora del nivel de vida. Consciente de tales mutaciones y de la inexistencia de una oferta informativa que diera satisfacción a las nuevas demandas, Joseph Pulitzer se hizo en 1883 con un diario en quiebra, *The New York World*, con el que diseñó un producto dirigido, específicamente, a la embrionaria sociedad de masas neoyorkina, haciendo de la prensa, por vez primera en la

¹ En el caso de los Estados Unidos, todos los estudiosos coinciden a la hora de detectar precedentes de prensa popular (aunque no de masas) en *The New York Sun* (1833) de Benjamin Day, *The New York Morning Herald* (1835) de James Gordon Bennett, y *The New York Tribune* (1841) de Horace Greeley, los cuales rebajaron el precio del ejemplar, organizaron las ventas callejeras e introdujeron temas populares (sucesos). Aunque los tres diarios consiguieron consolidar la edición, a inicios de los años ochenta las tiradas de todos ellos eran inferiores a los doscientos mil ejemplares, cifra que *The New York World* rebasó de inmediato tras el relanzamiento de Joseph Pulitzer en 1883 para, antes de finalizar el siglo, rondar la cota mítica del millón.

historia, un objeto de consumo popular. Espoleado por el éxito de la fórmula, William Randolph Hearst adquirió doce años más tarde, en 1895, otro modesto diario, *The New York Journal*, con el propósito de disputar a Pulitzer la creciente clientela de lectores que albergaba la ciudad de Nueva York. El espectacular duelo, en cuyo transcurso se forjaron los respectivos modelos sensacionalista y amarillista, duró hasta la finalización de la guerra de España con los Estados Unidos, en 1898, ante la expectación del público, lo que acentuó aún más la introducción de ambos diarios en las clases populares neoyorkinas.

En los renglones que siguen, vamos a calibrar a la luz de las fuentes hemerográficas canarias el eco que el paradigma periodístico forjado por William Randolph Hearst en Nueva York, el amarillismo, encontró en un territorio tan marginal del mundo occidental, más aún, en aquellos años, como la isla de Tenerife. Para ello, previamente repasaremos con fuentes bibliográficas el origen del modelo, sus características y la acogida que se le dispensó en los países punteros del viejo continente y, luego, en España, país secundario en el concierto europeo del que las Islas Canarias eran, a su vez, un enclave periférico².

ORÍGENES, CARACTERÍSTICAS Y DIFUSIÓN INICIAL DEL AMARILLISMO

En la historiografía actual reina un consenso a la hora de atribuir a Joseph Pulitzer y, en particular, al paradigma periodístico que forjó con *The New York World*, la fuente de inspiración del “nuevo periodismo”³ que, con diversas modalidades, emergió en la ciudad de Nueva York en el último cuarto del siglo XIX. Inmigrado de Hungría a los 17 años, dentro de la segunda oleada humana que de Europa recaló en los Estados Unidos, ésta mucho más diversa que la británica anterior, Joseph Pulitzer se estableció tras la Guerra de Secesión

² Antes de la década de los ochenta del siglo XX, cuando los modelos científicos empezaron a perder credibilidad por la complejización de la investigación en las ciencias sociales y las incertidumbres metodológicas introducidas por el pensamiento posmoderno (véase al respecto el artículo de Jesús Timoteo Álvarez Fernández: “Conceptos básicos para una codificación de la Historia del Periodismo o Comunicación”, en Manuel Tuñón de Lara (director), *La Prensa de los siglos XIX y XX. Metodología, ideología e información. Aspectos económicos y tecnológicos*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1986, pp. 21-45), los tradicionales lazos de dependencia que las Islas Canarias mantenían con los países punteros de Europa occidental y, en particular, Inglaterra, aconsejaron a muchos investigadores encuadrar al archipiélago dentro del marco explicativo que brinda el modelo periférico. En la actualidad, al margen del anacronismo de los modelos científicos, el término periférico atesora la suficiente plasticidad y elocuencia como para mantener toda su vigencia, al menos, a nivel lingüístico.

³ El término “nuevo periodismo” (“new journalism”) ha aparecido en la historiografía norteamericana en cinco ocasiones para nominar, con reiteración, las sucesivas innovaciones que hasta el momento han jalonado la evolución de la prensa popular en los Estados Unidos.

(1861-1865) en San Luis, donde estudió derecho, participó en la política local y tuvo la oportunidad de hacer sus primeros pinitos periodísticos en *The Westliche Post*, órgano de la nutrida colonia alemana de la localidad⁴. Luego, con sus ahorros adquirió *The Saint Louis Dispatch*, al que más tarde fusionó con *The Evening Post* en *The Saint Louis Post and Dispatch* (en la actualidad, *The Saint Louis Post-Dispatch*),⁵ con el que poco a poco moldeó la exitosa fórmula que a continuación introdujo en Nueva York.

Las innovaciones de Joseph Pulitzer se dejaron sentir en todas las vertientes del periodismo, desde el continente hasta el contenido del producto informativo, pasando por aspectos relacionados con la gestión empresarial y la concepción de la profesión. En efecto, para competir con la tradicional prensa neoyorkina, el audaz editor ofertó un diario con 8 páginas a 2 centavos, esto es, al mismo precio que *The New York Sun* de 4 páginas, y a mitad del de *The New York Tribune* de 8 páginas, elaborado por los mejores profesionales del ramo, a los que atrajo con el ofrecimiento de suculentos salarios. Paralelamente, diversificó la oferta informativa editando un novedoso dominical ilustrado a color, *The Sunday World*, orientado a cubrir el ocio familiar que generaba el receso del domingo; y desde 1887, una edición vespertina, *The Evening World*, ésta destinada a competir con los diarios de tarde. Para completar su estrategia comercial, Pulitzer organizó regularmente eventos en los que convirtió al periódico en noticia con el exclusivo propósito de alardear, haciendo a los lectores partícipes del éxito, de sus crecientes cifras sobre tirada y publicidad.

Pero lo que realmente definió el paradigma sensacionalista fueron las innovaciones introducidas en el diseño y el contenido del periódico para atraer lectores entre las clases populares. En efecto, *The New York World* apareció en un formato mucho más manejable que el habitual, introdujo ilustraciones con profusión y, a partir de 1889, el color en las ediciones ordinarias; al tiempo que condensaba los textos, optaba por un cuerpo de letra superior al de la época e introducía titulares atrayentes que, desde el propio año 1889, empezó a exten-

⁴ La primera obra editada en español sobre Joseph Pulitzer, aunque novelada, fue el fruto de la traducción del libro de Iris Noble: *Joseph Pulitzer-Front Page Pioneer*, Julian Messner, New York, 1957 (título y datos editoriales de la edición española: *Joseph Pulitzer (Precursor de primera plana)*, Editorial Agora, colección: "Temas Actuales", núm. 37, Buenos Aires, 1959). Una aportación española reciente ha aparecido bajo la firma de José Javier Sánchez Aranda: *Pulitzer. Luces y sombras en la vida de un periodista general*, Universidad de Navarra, Pamplona, 1998; trabajo que está elaborado en base a fuentes bibliográficas norteamericanas, entre las que figuran la obra que en los años veinte escribió uno de los hombres de confianza de Pulitzer en *The New York World*, Don Carlos Seitz: *Joseph Pulitzer, His Life and Letters*, Simon and Schuster, New York, 1924, y otra monografía considerada todo un clásico en la historiografía norteamericana, W. A. Swanberg: *Pulitzer*, Charles Scribner's Sons, New York, 1967.

⁵ *The Saint Louis Post-Dispatch*, con un Joseph Pulitzer, nieto del fundador, en la vicepresidencia del consejo de administración, mantiene en la actualidad la edición sobre las sólidas bases que le otorgan una tirada ordinaria superior a los trescientos mil ejemplares, cifra que en los domingos rebasa el medio millón (véase la obra de José Javier Sánchez Aranda: *Pulitzer...*, op. cit., pp. 214-215).

der a varias columnas. El fruto de tal fórmula fue un novedoso periódico que atraía la atención del viandante en los quioscos, facilitaba las ventas al número al ofrecer en los titulares los reclamos informativos que debían vocear los chicos en las calles y, sobre todo, admitía la lectura en los recién instalados tranvías, donde los neoyorkinos acudían cada vez más a sus trabajos con las manos libres para poder leer, opción que no estaba al alcance de la prensa tradicional por la amplitud del formato y la menudencia de la tipografía. A nivel informativo, el periódico adoptó una línea editorial progresista y una redacción ágil, clara y asequible, incluso, para los sectores sociales menos instruidos, de los que se convirtió en algo así como un representante al emprender continuas campañas contra la corrupción, los monopolios y la miseria de los suburbios urbanos. Para completar el guiño que hacía a las clases populares, *The New York World* convirtió en noticia los acontecimientos que se mueven en el terreno de la emocionalidad, al tiempo que prestaba una atención preferente a los deportes y la naciente cultura de masas, si bien, intercalando otras informaciones de calidad en base a servicios telegráficos y trabajos de reporteros propios. En cualquier caso, la vertiente menos noble de la información siempre estuvo frenada por el referente ético con el que Pulitzer concibió el periodismo, al que se empeñó en dar rango universitario y dignificar con el establecimiento de los premios anuales que desde 1917 llevan su nombre⁶.

Pronto, la admiración que empezó a despertar Joseph Pulitzer en todos los círculos periodísticos de occidente convirtió a *The New York World* en el eje sobre el que pivotó la apertura del sector a las clases medias y populares. Entre sus más fervientes admiradores se contaba el hijo de una rica familia norteamericana de la costa oeste, William Randolph Hearst, que en 1887, tras ser expulsado de la Universidad de Harvard sin concluir sus estudios, había recibido de su padre el diario *San Francisco Examiner*, fundado por éste como plataforma política para conseguir un escaño en el Senado por California. Tras convertir al periódico en una empresa enormemente rentable poniendo en práctica una estrategia comercial e informativa inspirada en la de Pulitzer, Hearst decidió en 1895 establecerse en Nueva York, para lo cual adquirió un renqueante diario, *The Morning Journal*, al que rebautizó con el título *The New York Journal*, con el exclusivo propósito de desbancar a su ídolo del pedestal. A tal fin, Hearst radicalizó y llevó hasta sus últimas consecuencias la

⁶ En español, véanse más detalles del paradigma sensacionalista en las obras de Jesús Timoteo Álvarez Fernández: *Historia y modelos de la comunicación en el siglo XX. El nuevo orden informativo*, Ariel Comunicación, Barcelona, 1992, 2ª edición (1ª en 1987), pp. 52-55; y Enric Bordería Ortiz, Antonio Laguna Platero y Francesc Andreu Martínez Gallego: *Historia de la Comunicación Social. Voces, registros y conciencias*, Editorial Síntesis, Madrid, 1996, pp. 321-323. En esta segunda obra, los autores aluden a Joseph Pulitzer bajo el nombre de Alfred, muy parecido al de su hermano menor Albert, que también había inmigrado y ejercido el periodismo en los Estados Unidos, correspondiéndole a éste el honor de fundar en 1882 *The Morning Journal*, en efecto, el diario neoyorkino que en 1895 adquirió William Randolph Hearst para entrar en competencia con Joseph Pulitzer.

fórmula sensacionalista de Pulitzer sin reparar en procedimientos ni en costos al amparo de la fortuna familiar, con lo cual forjó un nuevo paradigma periodístico que ha merecido una nominación propia, el amarillismo⁷, o la consideración de una nueva generación, la segunda⁸, de la prensa de masas. Pulitzer, por su parte, que desde 1887 estaba aislado y alejado físicamente de su periódico debido a su escasa visión y, sobre todo, a la acentuación de la neurosis que padecía desde su juventud⁹, no tuvo otro remedio que responder a la dura batalla que le entabló Hearst desde la distancia, si bien, con una lucidez que ha llamado la atención a todos los estudiosos a la vista de su precario estado de salud¹⁰.

Como adelantamos en párrafos precedentes, el acaudalado periodista californiano, el único que destacó en el periodismo norteamericano de la época sin tener procedencia humilde, forjó la versión más radical del modelo sensacionalista sobrepasando, sin reparo alguno, las cotas éticas establecidas por Pulitzer. A tal fin, Hearst irrumpió en el panorama periodístico neoyorkino retomando la guerra de precios declarada en la década anterior por su maestro, con el aumento del paginado y, desde 1896, el rebaje del precio de venta del periódico a un centavo, sin arredrarse ante las cuantiosas pérdidas de explota-

⁷ La primera obra española sobre el amarillismo apareció en los años centrales del franquismo bajo la firma del periodista y profesor del Instituto de Periodismo de la Universidad de Navarra, Francisco Bermeosolo: *El origen del periodismo amarillo*, Ediciones Rialp, Madrid, 1962. El trabajo, elaborado con fuentes bibliográficas y hemerográficas norteamericanas durante una estancia del autor en los Estados Unidos, al margen de la caducidad de la metodología positivista, ofrece el inconveniente de analizar los acontecimientos desde una óptica franquista en la que los diarios de Pulitzer y de Hearst aparecen como furibundos enemigos de España y como exponentes indiferenciados del amarillismo. Un autor norteamericano tan acreditado como Michael Schudson también ha colocado en un mismo nivel a ambos diarios, en su caso, para contrastar el periodismo de entretenimiento frente al de información, éste encarnado en *The New York Times* [véase el trabajo de Michael Schudson: "El nuevo periodismo", en David Crowley y Paul Heyer (compiladores), *La comunicación en la historia. Tecnología, cultura, sociedad*, Bosch Casa Editorial, Barcelona, 1997, pp. 203-212]. Las limitaciones de la obra de Francisco Bermeosolo, corregidas ampliamente por los autores españoles citados en las notas contiguas, hacen del trabajo un documento ideal para calibrar la espectacular evolución que ha experimentado el discurso historiográfico español sobre la comunicación en apenas tres décadas.

⁸ Véase, por caso, la obra de Jesús Timoteo Álvarez Fernández: *Historia y modelos de la comunicación...*, op. cit., pp. 63-70.

⁹ Véanse detalles en la obra de José Javier Sánchez Aranda: *Pulitzer...*, op. cit., pp. 113-119.

¹⁰ Entre la historiografía norteamericana traducida al español que recoge detalles del enfrentamiento, destaca la obra de John Tebbel: *Breve historia del periódico norteamericano*, Montaner y Simón, Barcelona, 1967, pp. 183-216 (título original: *The Compact History of the American Newspaper*, Hawthorn Books, New York); y, sobre todo, por su enorme extensión y la facilitación de su consulta con un exhaustivo índice temático y onomástico, la de Edwin Emery: *El periodismo en los Estados Unidos*, Editorial Trillas, México, 1966, pp. 332-507 (título original: *The Press and American*, Allyn and Bacon, Nueva York, 1954; segunda edición, ampliada y revisada, de una obra elaborada anteriormente por Edwin Emery y Henry Ladd Smith). Esta segunda obra es todo un clásico que ha sido objeto de varias reediciones posteriores en los Estados Unidos, la última de las cuales, revisada por Michael Emery y completada por N. L. Roberts, apareció en 1996 con el subtítulo *An interpretative History of the Mass Media*, circunstancia que ilustra magníficamente la evolución de la disciplina desde la historia de la prensa a la historia de la comunicación social.

ción. Al margen de disparar de inmediato la tirada, el belicoso editor consiguió que su rival rompiera el equilibrio que había conseguido entre los ingresos por ventas y publicidad, dado que tras algunos titubeos éste rebajó también el precio de venta a costa de perder gancho en el mercado publicitario más remunerador por la paralela depreciación del perfil del lector medio. Hearst fue aún más contundente a la hora de pujar por los mejores profesionales del ramo, a los que llegó a ofrecer hasta sueldos dobles, con lo cual privó a *The New York World*, entre otros, del célebre Ricardo Felton Outcault, autor de la tira cómica *Yellow Kid* (Chico Amarillo), que, impresa a partir de entonces en *The New York Journal*, facilitó la nominación que habría de recibir el nuevo paradigma periodístico. Como no podía ser de otra manera, el californiano también remedió la política editorial de su maestro diversificando la oferta informativa y, más aún, diseñando un dominical para toda la familia en base al uso desmedido de la fotografía y el color con el propósito de calar entre el lectorado menos exigente. Hearst afrontó el alto costo de su audaz campaña de lanzamiento con los beneficios económicos que había cosechado en San Francisco y, luego, la ayuda familiar, mientras Pulitzer resistía el embate al calor de la consolidación de su empresa y del instinto periodístico del que hizo gala, sobre todo, a la hora de cubrir con nuevos talentos los puestos vacantes que le dejaba su rival.

Pero, al igual que ocurriera con el modelo sensacionalista que lo engendró, los rasgos más definitorios del amarillismo giraron en torno al diseño, la línea editorial y la información del periódico. En efecto, Hearst ahondó en las novedades formales introducidas por Pulitzer en los titulares de las noticias, a los que agrandó hasta el extremo de agrietar la topografía del paginado y en los que anunció, sin ningún reparo ético ni estético, toda suerte de escándalos y cataclismos. Paralelamente, se hizo con la maquinaria puntera de la época, a lo que siempre se mostró reticente Pulitzer, que prefirió esperar a que las innovaciones tecnológicas se consolidaran, para privilegiar el uso de la ilustración y el color a sabiendas de la enorme capacidad que tienen ambos recursos para atraer al lectorado de menor nivel intelectual al provocar sensaciones directas orillando el tamiz racional de la lectura. En la línea editorial, Hearst también compartió con su maestro las simpatías por el Partido Demócrata y las clases sociales más humildes, aunque en medio de unos desconcertantes bandazos ideológicos y con un discurso radical que le hicieron emprender, en un tono enormemente agresivo e intransigente, una sistemática campaña de denuncias contra supuestos abusos de los poderes públicos para apuntalar el gancho populista del periódico. En definitiva, el californiano apeló a la emocionalidad¹¹ de los lectores haciéndose eco de los temas más

¹¹ En el extremo opuesto, esto es, apelando a la racionalidad y, por lo tanto, dirigiendo el periódico al segmento del lectorado que conforman las clases sociales más acomodadas e integradas en el sistema, Adolph Ochs adquirió en 1896 el prestigioso, pero obsoleto, diario *The New York Times*, al que sacó de la

escabrosos, en los que a menudo desbordó las fronteras del acontecimiento para convertir en noticia toda suerte de bulos y rumores hasta, no sólo provocar sino, crear informaciones, matiz que para muchos estudiosos¹² es el que deslinda con mayor nitidez las fronteras existentes entre los paradigmas sensacionalista y amarillista.

Pronto, Hearst encontró en la cuestión cubana un inagotable filón informativo para, postulando la intervención militar de los Estados Unidos, poner en práctica su manera de entender el periodismo. Aunque el conflicto se remontaba a 1868 y hasta el momento había pasado prácticamente inadvertido entre sus compatriotas, la incidencia de dos nuevos factores, a saber, la radicalización de los nacionalismos¹³ por las rivalidades imperialistas¹⁴ y las recientes inversiones norteamericanas en la industria azucarera antillana, hicieron que las informaciones encontraran de inmediato un enorme eco en amplios círculos sociales del país. Y, en efecto, en un contexto tan favorecedor para ello, *The New York Journal* empezó a fabricar, y a presentar con sus típicas estrategias amarillistas, un cúmulo de noticias que, de un lado, dispararon la tirada del periódico y, de otro, alimentaron el clima favorable a la guerra en los Estados Unidos¹⁵. La íntima relación existente entre los intereses comerciales propios y la causa de los insurrectos cubanos, queda patente en las suce-

ruina con la aplicación moderada de las estrategias de Pulitzer sin renunciar al tradicional rigor de sus informaciones políticas, económicas y culturales. Con tal fórmula, *The New York Times* consolidó posiciones en el mercado norteamericano en base a una tirada mucho más corta, inferior a los doscientos mil ejemplares en vísperas de la I Guerra Mundial, pero con una cartera publicitaria mucho más lucrativa merced al alto perfil del lector medio, dando lugar a un tercer paradigma que se dado en llamar "periodismo de elite".

¹² Véase la obra de Jesús Timoteo Álvarez Fernández: *Historia y modelos de la comunicación...*, op. cit., p. 56

¹³ En el caso norteamericano, el fenómeno cristalizó en la llamada doctrina del "destino manifiesto" (véase la obra de Jesús Timoteo Álvarez Fernández: *Historia y modelos de la comunicación...*, op. cit., pp. 65-68), esto es, en la creencia propia de que los Estados Unidos, como paraíso de la libertad, tienen el deber moral de garantizar ésta más allá de sus propias fronteras. Según han constatado varios estudiosos, el convencimiento de tener que cumplir esta misión histórica en el mundo, más que la memoria colectiva sobre un pasado común, ha sido el factor que más cohesión ha dado al nacionalismo norteamericano hasta la actualidad.

¹⁴ Véase la obra de Eric Hobsbawm: *La era del Imperio, 1875-1914*, Editorial Crítica, Barcelona, 2001, pp. 42-93 y 152-174, particularmente.

¹⁵ Un caso sumamente ilustrativo fue el de Evangelina Cosío Cisneros, joven y bella muchacha, hija de un líder de la insurrección cubana, que en 1897 fue apresada por las tropas españolas tras colaborar con varios independentistas cubanos como reclamo sexual para capturar a un oficial español. Pues bien, *The New York Journal* tergiversó los hechos hasta el punto de presentar a la joven como una virtuosa cuyo único delito había consistido en salvaguardar su honor al resistirse a los requerimientos sexuales del oficial español, para, a continuación, mantener el tema en la actualidad durante meses con un tratamiento informativo que giraba en torno al sentimentalismo y el patrioterismo. El penoso episodio concluyó con la liberación de la muchacha por un comando pagado por el propio Hearst, a la que luego presentó como una heroína en los Estados Unidos (véanse detalles en la obra de José Javier Sánchez Aranda: *Pulitzer...*, op. cit., pp. 147-150). Para comprobar la artificiosidad de la campaña periodística, basta con observar que frente a las 375 columnas que le dedicó el diario de Hearst, en el de Pulitzer apenas mereció 12 (véase la obra de Jesús Timoteo Álvarez Fernández: *Historia y modelos de la comunicación...*, op. cit., p. 67).

sivas campañas periodísticas que, aireando las presuntas atrocidades de las tropas españolas, concluyeron con multitudinarias manifestaciones en favor de la independencia de la isla. Tras arrastrar a toda la prensa norteamericana, y española, por la espiral belicista, la conflagración estalló en medio de un formidable enfrentamiento mediático que ocultaba el desigual potencial militar de los países contendientes. Mientras duró la guerra, desde febrero a agosto de 1898, Hearst permaneció en Cuba al frente de una veintena de redactores, fotógrafos y dibujantes, al tiempo que *The New York Journal* disparaba las ventas siguiendo la estela de *The New York World*, al que nunca llegó a superar. Luego, tras la firma del Tratado de París, y una vez quedó en evidencia que ambos diarios tenían su propia cuota de mercado con tiradas que tendían al millón, Hearst y Pulitzer pusieron el punto final a su espectacular duelo, tal y como ilustra la coincidente subida del precio de venta de sus diarios a dos centavos, en cuyo transcurso convirtieron a la prensa en un producto más de la naciente cultura de masas.

Fue a continuación, al tomar cada periódico su rumbo con independencia del otro, cuando quedaron definitivamente perfiladas las fronteras existentes entre ambos modelos periodísticos. En efecto, mientras Pulitzer, que se había dejado llevar por su rival durante la cuestión cubana, privilegiaba la vertiente informativa de mayor calidad y reconducía el diseño por cánones más equilibrados, Hearst, exultante tras la contundente victoria norteamericana, seguía en sus trece trasladando el centro de sus operaciones mediáticas a las subsiguientes elecciones presidenciales. En esta ocasión, *The New York Journal* dirigió toda su verborrea tremendista contra el candidato republicano William McKinley (1841-1901), hasta el extremo de hacer suya la teoría de la muerte “justa” de los tiranos¹⁶ en clara alusión a éste tras su triunfo electoral en febrero de 1901, quedando a los pocos meses en una situación insostenible cuando McKinley falleció tras el tiroteo de un anarquista. La dura campaña de toda la prensa del país y la pérdida del favor del público, aconsejaron a Hearst reemplazar la cabecera fundacional por *American*, aunque en vano, porque no

¹⁶ Idea tomada, más que probablemente, del escritor norteamericano Enrique David Thoreau (1817-1862), defensor del abolicionismo, precursor del ecologismo y teórico de la desobediencia civil que había colaborado, entre otros diarios, en *The New York Tribune* (agradecemos la sugerencia a Vicente Hernández Pedrero, profesor de Ética de la Universidad de La Laguna). En Canarias, el primer periódico que asumió tales tesis fue el bisemanario conservador *La Razón*, que apareció el 17 de agosto de 1907 en La Laguna arremetiendo contra “... el estado de abulia al que ha llegado el pueblo lagunero...” para, luego, añadir: “...¿que a qué venimos? a que esa protesta externa contra el yugo que sufrimos se exteriorice, se traduzca en la determinación de hombres libres, si es preciso, violentamente, pues cuando el derecho se encuentra perturbado y su imperio no puede restablecerse de otro modo, se acude, como ha dicho un pensador mistig-ne, a las supremas decisiones de la fuerza...” Esas bravuconadas, sin embargo, luego se tradujeron en la típica línea editorial de los órganos políticos de la época, tal y como evidencian los escasos ejemplares conservados, todos depositados en el Archivo Municipal de Puerto de la Cruz (véase la obra de Julio Antonio Yanes Mesa: *Historia del Periodismo Tinerfeño, 1758-1936. Una visión periférica de la Historia del Periodismo Español*, Centro de la Cultura Popular Canaria, Santa Cruz de Tenerife, 2003, pp. 304-306).

pudo evitar el cierre del periódico¹⁷, circunstancia que ilustra magníficamente otra de las características del modelo, su enorme fragilidad cuando es aplicado a temas trascendentales¹⁸. En contraposición a tanta malandanza, *The New York World* consolidó posiciones en años sucesivos volviendo a sus orígenes para marcar, cada vez más, distancias con su otrora rival, hasta el punto de ofrecer la primera versión de lo que en los años 60 habría de llamarse “periodismo de investigación relevante”¹⁹, cuando en 1908 desveló el oscuro destino de algunos fondos oficiales librados por el Gobierno a propósito de la construcción del Canal de Panamá.

Aunque en la prensa europea son fácilmente detectables algunos rasgos de lo que se habría de llamar amarillismo desde sus más remotos orígenes²⁰, fue a finales del siglo XIX cuando el modelo generó, tras el sensacionalista, los primeros productos informativos de masas en los países más desarrollados al confluír la evolución interna del sector con la influencia norteamericana. Así, el magnate de la prensa británica, Lord Northcliffe, alcanzó un éxito fulgurante con la fundación de *The Daily Mail* en 1896, en el que imprimió a la fórmula de Pulitzer una orientación conservadora para legitimar el colonialismo británico, éxito que redobló en la década siguiente con *The Daily Mirror*, luego *The Daily Illustrated Mirror*, tras asumir el estilo de Hearst. En Francia, la renovación del sector aconteció en el seno de la conmoción sociopolítica que en los años de entresiglos produjo el llamado

¹⁷ Que no de su formidable imperio periodístico, que William Randolph Hearst siguió ampliando a lo largo y ancho de todo el país hasta alcanzar su mayor esplendor en los años treinta del siglo XX, cuando comprendía 26 diarios, 17 dominicales, 14 revistas, 8 emisoras de radio, 2 estaciones de televisión, 2 compañías cinematográficas, sendas agencias de noticias nacionales e internacionales, una distribuidora de fotografías y otra empresa dedicada a la distribución de material periodístico diverso (véanse detalles en la obra de Francisco Bermeosolo: *El origen del periodismo amarillo*, op. cit., pp. 85-92).

¹⁸ No así para la llamada “prensa del corazón”, donde el amarillismo ha encontrado un terreno ideal para explayar sus estrategias informativas al calor de la frivolidad e intrascendencia de un tema que, además, es algo así como el centro por excelencia de la emocionalidad (véase la obra de Jesús Timoteo Álvarez Fernández: *Historia y modelos de la comunicación...*, op. cit., p. 68).

¹⁹ Según el cual, el periodista, en lugar de permanecer a la espera de las informaciones que suministran los gabinetes de prensa y las agencias de noticias, debe tomar la iniciativa para sacar a la luz pública los hechos que puedan ocultar, intencionadamente, los organismos y los personajes públicos. Sin duda alguna, el llamado caso Watergate, a resultados del cual el presidente Richard Nixon se vio obligado a dimitir el 9 de agosto de 1974, representó el momento culminante de esta modalidad del periodismo, cuya degradación posterior ha quedado en evidencia al abordar asuntos tan triviales como los devaneos sexuales del presidente Bill Clinton (véase el trabajo de Josep Lluís Gómez Mompert y Enric Marín i Otto: “La irrupción de la información televisiva y la influencia del periodismo singular”, en Josep Lluís Gómez Mompert y Enric Marín i Otto (editores), *Historia del Periodismo Universal*, Editorial Síntesis, Madrid, 1999, pp. 230-234).

²⁰ En efecto, tal y como ilustran los *canards* (noticia falsa) del siglo XVI, esto es, antes de la aparición de las publicaciones periódicas (véase la obra de Pierre Albert: *Historia de la Prensa*, Ediciones Rialp, Madrid, 1990, p. 16; título original: *Histoire de la Presse*, Presses Universitaires de France, col. Que sais-je?, París, 1970). A pesar de su carácter general, la obra está ceñida a Francia, Inglaterra, Estados Unidos y Alemania, carencia que la edición española ha paliado con la incorporación de sendos capítulos centrados en Latinoamérica y España (éste, a su vez, omite toda referencia a las Islas Canarias) firmados, respectivamente, por Juan María Guasch Borrat y José Javier Sánchez Aranda.

“affaire Dreyfus”²¹, a cuyo calor los mismos diarios que habían protagonizado la primera generación de la prensa popular francesa asumieron las innovaciones anglosajonas para, incrementando las tiradas hasta casi saturar el mercado lector, introducir al sector en las dos siguientes generaciones. Probablemente, el más claro exponente del primer amarillismo francés fue *Le Matin*, en concreto, tras su adquisición a finales de siglo por el financiero Henry Poidatz y el empresario Maurice Bunau-Varilla, cuando adquirió una fuerte agresividad comercial y un discurso populista que se hacía eco de los intereses económicos de sus propietarios en el extranjero. El espíritu patrioter de la naciente prensa de masas europea²² salió a relucir en el incidente de Fachoda (1898), cuando *Le Matin* y *The Daily Mail* se enfrascaron en un duro enfrentamiento dialéctico al salir en defensa de las políticas imperialistas de sus respectivos gobiernos. Con tales bases, los principales diarios británicos y franceses seguían los modelos norteamericanos en los años previos a la I Guerra Mundial, cuando sus tiradas tendían y, en algún caso, rebasaban el millón de ejemplares.

En los países europeos menos desarrollados, caso de España, la prensa no alcanzó en aquellos decisivos años el nivel de popularización que en los Estados Unidos, Inglaterra o Francia²³, tal y como deja patente el hecho de que antes de la Guerra Civil, y hasta después de los años ochenta del siglo XX, nin-

²¹ Alfred Dreyfus (1859-1935), capitán de estado mayor de origen judío, fue condenado con pruebas falsas en un consejo de guerra celebrado en 1894 por presunto espionaje en favor de Alemania, luego, tras la revisión del caso en 1899, indultado y, en 1906, rehabilitado, ascendido a comandante y condecorado con la Legión de Honor (véanse las obras de Jean Baptiste Durosell: *Europa de 1815 a nuestros días. Vida política y relaciones internacionales*, Editorial Labor, Barcelona, 1974, 3ª ed., pp. 176-182; y, para más detalles, Pierre Miquel: *L’Affaire Dreyfus*, col. Que sais-je?, núm. 867, París, 1961). En la Sección Legados de la Biblioteca General de la Universidad de La Laguna figura una obra publicada en 1899, en efecto, a raíz del indulto del personaje, firmada por P. Eduardo de Bray y Ramón Sempau: *El Capitán Dreyfus (un proceso célebre)*, Casa Editorial Maucci, Barcelona, 1899.

²² La prensa de los países más desarrollados renovó el discurso a remolque de la política a finales del siglo XIX, cuando una y otra adquirieron el carácter de fenómenos de masas en el seno de la nueva sociedad industrial. En efecto, mientras los partidos políticos sustituyeron la argumentación racionalista que dirigían a las minorías cualificadas de la época del sufragio censitario por otra interclasista y emocional para llegar con eficacia a la masa electoral que movilizó el sufragio universal masculino, la prensa sustituyó el paradigma de la objetividad que había estado vigente desde la implantación del telégrafo eléctrico por el de la emocionalidad para llegar, asimismo, al mayor número de lectores posible. Pronto, tanto una como otra descubrieron que el discurso interclasista que mayor capacidad tenía para conmovir a las masas era el nacionalista de Estado con connotaciones imperialistas y xenófobas, al calor de las rivalidades políticas y económicas de la época. Así, conforme decursaron los años, discurso político y discurso periodístico caminaron de la mano hacia una creciente radicalización en todos los países desarrollados, arrastrando a la opinión pública, por la vía emocional, a la I Guerra Mundial (véase el trabajo de Gloria García González “La conformación de la moderna prensa informativa (1848-1914)”, en Josep Lluís Gómez Mompert y Enric Marín i Otto (editores), *Historia del Periodismo Universal*, op. cit., pp. 49-99).

²³ En efecto, véase el trabajo de Josep Lluís Gómez Mompert: “¿Existió en España la prensa de masas? La prensa en torno a 1900”, en Jesús Timoteo Álvarez Fernández y otros, *Historia de los medios de comunicación en España. Periodismo, imagen y publicidad (1900-1990)*, Editorial Ariel, Barcelona, 1989, pp. 27-40.

gún diario español alcanzara en sus tiradas ordinarias, siquiera, el cuarto de millón de ejemplares²⁴. Con tan restringida circulación, explicable por las altas tasas de analfabetismo y, en general, el atraso socioeconómico del país, resulta explicable el escaso gancho comercial del modelo más radical de la prensa de masas, el amarillismo, en España, en coherencia con el insignificante desarrollo del segmento de mercado al que iba dirigido. Y también, la hegemonía que ejerció la “prensa de elite” al calor del elitismo del lectorado tras asumir con moderación, al igual que la homóloga del resto de los países occidentales, las innovaciones introducidas por Pulitzer. La falta de creación del hábito lector entre las clases populares españolas en la “edad de oro” de la prensa, esto es, cuando el periodismo escrito era el único medio de comunicación social²⁵, ha generado unos bajísimos índices de lectura que persisten en la actualidad²⁶ a pesar de la reciente alfabetización de la población y la subida del nivel de vida²⁷, circunstancia que varios estudiosos atribuyen a la inmediata captación de los recién alfabetizados por los atractivos medios audiovisuales en detrimento de su familiarización con la lectura diaria de la prensa²⁸.

Para ilustrar el raquitismo del segmento del mercado lector que formaban las clases populares en España en vísperas de la I Guerra Mundial y, a su calor, el atraso del sistema informativo español en relación a los países más desarrollados, basta con observar la escasa entidad de las publicaciones de los islotes más desarrollados del Estado que, en aquellos años, cultivaban los contenidos preferidos por el amarillismo. En efecto, por entonces, en res-

²⁴ Véanse detalles en la obra de María Cruz Seoane y María Dolores Sáiz: *Historia del periodismo en España, 3. El siglo XX: 1898-1936*, Alianza Editorial, Madrid, 1996.

²⁵ Véase la obra de Georges Weill *El periódico. Orígenes, evolución y función de la prensa periódica*, Uteha, México, segunda reimpresión, 1994, pp. 173-182 (título original: *Le journal. Orígenes, évolution et rôle de la Presse périodique*, La Renaissance du Livre, Paris, 1934).

²⁶ El índice actual de venta de la prensa diaria en España ronda los 85 periódicos por mil habitantes, cuando en Europa tal cifra bascula entre los 600 de los países nórdicos (Noruega, Suecia, Finlandia, Dinamarca y Holanda), y los 58 de Portugal (véase, en particular, el trabajo de Fernando Garrido y otros: “La prensa en las escuelas europeas”, en *Cuadernos de Pedagogía*, núm. 234, especial dedicado a “Educación y Medios de Comunicación”, Editorial Fontalba, Barcelona, marzo de 1995, pp. 30-35). Los bajos índices español y portugués resultan comprensibles, no sólo por el atraso socioeconómico de ambos contextos, sino también por el escaso atractivo que la prensa lució durante las dictaduras franquista y salazarista, rémora que ha persistido hasta la actualidad a pesar de la democratización de los dos países en el último cuarto de siglo porque, desde entonces, el periodismo escrito ha perdido audiencia en todo el mundo ante el formidable desarrollo de la televisión y, luego, las nuevas tecnologías. Para ponderar el alcance real de tales datos, debemos tener presente el desigual número de lectores por periódico vendido entre los países nórdicos y mediterráneos a consecuencia de las típicas lecturas en bares y cafeterías de los segundos, si bien, otros datos paralelos, como los índices de lectura de libros, confirman la existencia de tales diferencias.

²⁷ Factores que tan sólo han dado gancho comercial al amarillismo en la llamada “prensa del corazón”, no así en la de información general, tal y como ilustra el estrepitoso fracaso del diario madrileño *Claro* en 1991, promovido por Prensa Española, editora del diario *ABC* (1905...), y el grupo alemán Axel Springer, propietario del diario amarillista *Bild Zeitung* (1952...), el de mayor tirada de Europa en la actualidad con más de cinco millones de ejemplares.

²⁸ Véase el trabajo de Enric Marín i Otto: “Estabilización y novedades en la prensa diaria”, en Jesús Timoteo Álvarez Fernández y otros, *Historia de los medios...*, op. cit., p. 105.

puesta a la demanda que suscitaban tales temas, circulaban en Madrid algunas revistas marginales con medios muy precarios y tiradas cortas e irregulares²⁹, lo que hace comprensible que ningún editor con solvencia asumiera el modelo de Hearst³⁰, como hicieran sus colegas ingleses o franceses, para diseñar un diario de masas, más aún cuando, encima de escaso, el público era más soez por las mayores penurias de la vida cotidiana. En el caso concreto de los sucesos y los escándalos³¹, las cabeceras madrileñas más longevas de aquellos años fueron dos semanarios, a saber, *Los Sucesos* (1904-1917), que no consiguió consolidar la edición a pesar de diversificar, poco a poco, su inicial oferta informativa tétrica con la introducción de un folletín, algunos pasatiempos e informaciones lúdicas y festivas en torno a las tradicionales corridas de toros³² y los incipientes deportes; y *El Duende* (1910-1914), que, tras

²⁹ En contraposición a tales penurias, la prensa anglosajona centrada en los sucesos y la literatura popular había alcanzado desde finales del siglo anterior un espectacular desarrollo en base a la edición de semanarios dominicales, caso de *Lloyd's Weekly News*, que en 1888 lanzó el estremecedor caso de Jack el "Destripador" alcanzando unas ventas que rondaban los dos millones de ejemplares (véase la obra de Pierre Albert: *Historia de la prensa*, op. cit., p. 64). Años más tarde, en vísperas de la I Guerra Mundial, el semanario español más consistente del género, *Los Sucesos*, declaraba en las estadísticas oficiales de 1913 una tirada de tan sólo cien mil ejemplares, dato de escasísima fiabilidad porque tales declaraciones solían estar infladas hasta en un 40%.

³⁰ El diario popular más exitoso en la España de los años de entreguerras fue el vespertino *La Voz*, fundado en 1920 por Nicolás María Ugoiti siguiendo los consejos de su hijo, recién llegado de los Estados Unidos, para enjugar las pérdidas que le ocasionaba el pretencioso diario matutino *El Sol*, fundado en 1917 en colaboración con José Ortega y Gasset como exponente de la versión española más radical de la "prensa de elite". Sin llegar, ni mucho menos, a los excesos de la prensa anglosajona, *La Voz* hizo un hueco en sus páginas a los temas populares obviados por *El Sol*, caso de los sucesos, los escándalos y las corridas de toros, al tiempo que adoptó un discurso más sencillo, un diseño más ágil, unos titulares más llamativos y un apoyo gráfico más generoso. Con ello, haciendo más ascuible la línea editorial de su hermano mayor y, además, rebajando los costos de edición de éste al renunciar a los colaboradores más prestigiosos, *La Voz* se convirtió pronto en un rentable negocio, alcanzando en vísperas de la I República una tirada de 130.000 ejemplares, cifra que casi duplicaba a la de *El Sol* (véase la obra de María Cruz Seoane y María Dolores Sáiz: *Historia del Periodismo en España*, 3..., op. cit., pp. 243-253).

³¹ Considerados como sendos géneros autónomos en la obra de María Cruz Seoane y María Dolores Sáiz: *Historia del periodismo en España*, 3..., op. cit., pp. 183-188. Pero el tema más soez para los coetáneos fue el erotismo, que por entonces irrumpió en la prensa de las áreas punteras del Estado, aunque tímida y recatadamente, con un cierto aire progresista. Entre los periodistas que tuvieron alguna relación con las publicaciones "sicalípticas", tal y como fueron conocidas en la época, debemos contar al tinerfeño Manuel Delgado Barreto, el futuro director de *La Nación* (1925-1936), el diario oficioso de la dictadura de Miguel Primo de Rivera y de la formación política fascista del hijo de éste, José Antonio, en el tramo final de la República. En efecto, cuando dirigía en Madrid *El Mentidero* (1913-1921), revista satírica maurista, Manuel Delgado Barreto tuvo la ocurrencia de promover, el 28 de junio de 1914, una publicación "sicalíptica" bajo el elocuente título *El Viejo Verde*, devaneo de juventud que sus adversarios políticos se encargarían de echarle en cara con reiteración en tiempos venideros, conforme radicalizó su ideología conservadora hasta llegar a engrosar las filas del fascismo.

³² El capítulo taurino ha dado cuerpo al ingrediente más distintivo de la prensa popular madrileña, y española en general, frente a la inglesa y francesa, no así de la canaria, dado que las corridas de toros siempre han tenido escasa aceptación entre la población isleña. Aún así, a finales del siglo XIX fue construida en la isla de Tenerife una plaza de toros en la que, hasta el tardofranquismo, se celebraron esporádicamente algunas lidias y, al calor de éstas, se editaron dos fugaces revistas taurinas, *El Láztigo* (1909 y 1915) y *El Puyazo* (1910), todo ello al calor de la población peninsular residente en la isla (véanse el artículo de

interrumpir con reiteración la edición a consecuencia de varias suspensiones gubernativas, cesó de manera definitiva a raíz de la agresión que sufriera uno de sus promotores

Pero a pesar de tales rémoras, el amarillismo tiñó las páginas de algunos diarios de información general en la España de entreguerras, bien por la insensatez de algún editor poco cauto que asumió el modelo cegado por el éxito que había cosechado en los países punteros, o por la desesperada reacción de otros que, al intentar evitar el naufragio de sus proyectos periodísticos iniciales, se aferraron a tales estrategias como si fueran una tabla de salvación. Y ello ocurrió tanto en los islotes más desarrollados como en las áreas más deprimidas del Estado, donde las dificultades eran aún mayores por el recrudecimiento de las limitaciones contextuales, tal y como ilustra el penoso periplo del diario tinerfeño *La Mañana*, editado al calor de un reducido mercado lector de la periferia del Estado³³ en los años inmediatos a la instauración de la dictadura del general Primo de Rivera.

EL DIARIO TINERFEÑO *LA MAÑANA* (1922-1923) O LA EVIDENCIA DEL FRACASO COMERCIAL DEL AMARILLISMO EN LA PRENSA PERIFÉRICA ESPAÑOLA

UN NACIMIENTO OPORTUNO, PERO CON UNA FÓRMULA DESACERTADA

El diario matutino *La Mañana*³⁴ apareció en la ciudad de Santa Cruz de Tenerife el 21 de mayo de 1922 bajo la dirección de su propietario, el perio-

Alejandro Pizarroso Quintero: "El estudio de la Historia del Periodismo Taurino: estado de la cuestión", en *Homenaje a José Altabella Hernández*, Universidad Complutense, Madrid, 1997, pp. 669-690; y la obra de Julio Antonio Yanes Mesa: *Historia del Periodismo Tinerfeño...*, op. cit., pp. 368-370).

³³ En efecto, por entonces, el archipiélago apenas tenía unos 450.000 habitantes, de los que 180.000 residían en la isla de Tenerife y, entre éstos, por encima de los 50.000 en la ciudad de Santa Cruz. En conjunto, se trataba de una población en la que predominaban los rasgos demográficos de régimen antiguo, con unas altas tasas de natalidad y mortalidad, así como de dependencia, a consecuencia del rejuvenecimiento y la emigración masculina, y unos índices de analfabetismo que tendían al 70% (véanse los artículos de José León García Rodríguez: "La evolución de la población"; María del Carmen Díaz Rodríguez: "Estructura de la población"; y Fernando Martín Galán y cols: "Ciudades y núcleos urbanos"; todos en *Geografía de Canarias*, Editorial Interinsular Canaria, Santa Cruz de Tenerife, 1985, tomo II, pp. 47, 103-104, 125 y 214-217, sucesivamente). Para colmo de males, las pésimas comunicaciones interiores y la tradicional rivalidad insularista de las dos islas centrales del archipiélago escindía, y enfrentaba, al raquítico mercado lector isleño de tal manera que los periódicos apenas podían rebasar el marco geográfico de su isla de edición.

³⁴ Los únicos ejemplares conservados de *La Mañana*, y con tres vacíos documentales acusados, yacen en la Biblioteca Municipal de Santa Cruz de Tenerife. En concreto, la colección contiene muestras de los números comprendidas entre el 1 y el 66 (editados entre el 2 de mayo y el 5 de agosto de 1922), el 311 y el 370 (editados entre el 3 de agosto y el 16 de octubre de 1923, lo que deja entrever que con anterioridad debió suspender la edición por espacio de unos tres meses), y el 397 y el 421 (editados entre el 16 de noviembre y el 19 de diciembre de 1923). A pesar de su discontinuidad y la carencia de fuentes alternativas, sobre todo,

disto peninsular Balbino Aguirre Lazareno, con la intención de convertirse en “... un periódico en el que cada lector halle lo que más le gusta leer (...) el agricultor, el comerciante, el que gusta de la literatura, de la información gráfica o narrada...”, anunciando como secciones estelares un voluminoso servicio telegráfico con noticias nacionales e internacionales y una crónica de modas ilustrada con dibujos de María Munari, redactora gráfica de los diarios *Informaciones* de Madrid y *El Noticiero Sevillano* de la ciudad hispalense. Huérfano del respaldo político que por entonces apoyaba a la prensa puntera isleña, el diario afirmaba que “... la suya era la aventura más grande y más arriesgada que se había emprendido en Canarias hasta el momento...” por los altos costos de edición, dado que a la carestía del papel³⁵ había que sumar el envío regular desde la península de los extensos telegramas y los clichés de los fotograbados. Aún así, el momento para fundar un diario informativo dirigido a un segmento del mercado lector isleño más amplio que el acotado por los partidos políticos, incluyendo a la mujer, no podía ser más oportuno, dado que por entonces las islas estaban dejando atrás la espantosa crisis económica que habían sufrido a consecuencia de la I Guerra Mundial³⁶ para, de inmediato, entrar en el ciclo alcista de los “felices” años 20, cuyo beneficioso influjo sobre la formación social insular iba a permitir la multiplicación de los ingresos por ventas y publicidad de los principales diarios y, en definitiva, el desarrollo empresarial y autónomo del sector.

Para mayor buenaventura, el sistema informativo isleño aún acusaba las secuelas del cierre generalizado de periódicos que sufriera en el calamitoso tramo final de la guerra, lo que en el caso de la prensa diaria de Santa Cruz de Tenerife se traducía en la supervivencia de tan sólo tres cabeceras³⁷. Es más, con una cierta vocación informativa sólo estaba en el mercado el diario matutino *La Prensa* (1910-1939), cuyo director, Leoncio Rodríguez (1881-1955), había sabido deshacerse del compromiso político fundacional, en su caso.

de la documentación derivada de la gestión empresarial, la serie revela bastante elocuentemente las intenciones de la publicación.

³⁵ En efecto, el encarecimiento de las materias primas y el incremento de las exportaciones a los países beligerantes durante la I Guerra Mundial provocó que el precio de la resma de papel en las islas subiera, nada más y nada menos, desde las 4,59 pesetas de anteguerra a las 22 de posguerra (véase, en particular, el artículo de Julio Antonio Yanes Mesa: “Las finanzas de los periódicos tinerfeños en los años de entreguerras”, en *Vegueta*, núm. 3, Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, Las Palmas, 1998, pp. 147-162).

³⁶ Véase la obra de Julio Antonio Yanes Mesa: *Crisis económica y emigración en Canarias. El puerto de Santa Cruz de Tenerife durante la guerra europea, 1914-1918*, Centro de la Cultura Popular Canaria y Autoridad Portuaria de Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de Tenerife, 1997, pp. 31-38.

³⁷ En efecto, los seis diarios que se editaban en Santa Cruz de Tenerife antes del estallido de la guerra quedaron reducidos a *El Progreso*, *Gaceta de Tenerife* y *La Prensa* a inicios de los años veinte, dado que en el transcurso de la contienda tuvieron que cerrar el conservador *La Región* (1911-1915), el liberal *La Opinión* (1879-1916) y el republicano *Diario de Tenerife* (1886-1917), mientras el liberal *El Imparcial* (1916-1920) y el autonomista *El Regionalista* (1918-1919) no consiguieron consolidar la edición (véanse detalles en la obra de Julio Antonio Yanes Mesa: *Historia del Periodismo Tinerfeño...*, op. cit., pp. 400-434).

republicano, al calor de la creciente demanda de información que desató la guerra europea y, con ello, acaparar la minoría letrada que en las islas occidentales del archipiélago estaba por entonces interesada en conocer la actualidad³⁸. Los otros dos diarios, los vespertinos *El Progreso* (1905-1931) y *Gaceta de Tenerife* (1910-1939), no eran rivales a tener en cuenta porque, de un lado, concurrían al mercado a horas de tarde y, de otro, conservaban las ataduras ideológicas que les habían dado vida en los años de anteguerra, lo que hacía que el primero restringiera la circulación al republicanismo que, prácticamente, estaba confinado en la propia ciudad de Santa Cruz, y el segundo a los círculos católico-conservadores, éstos más dispersos por las zonas rurales al calor de los curas párrocos y las élites agrarias. En cualquier caso, las tiradas de los tres diarios eran tan cortas cuando el mercado lector isleño estaba a punto de entrar en expansión, que *La Prensa*, cuya hegemonía era indiscutible, rondaba los dos mil ejemplares, mientras los otros reducían sus cifras a más de la mitad. En tal tesitura, tras observar que la configuración del diario de Leoncio Rodríguez respondía al modelo de la “prensa de elite”³⁹, Balbino Aguirre Lazareno creyó que tenía a su disposición una suculenta cuota de mercado para consolidar un diario con una fórmula popular.

Al igual que sus tres rivales de Santa Cruz, *La Mañana* apareció con una superficie redaccional de 4 páginas al precio de 10 céntimos el ejemplar, aunque con un formato algo más reducido. A nivel informativo, la primera página acogía el editorial, algún que otro artículo de opinión, varias informaciones internacionales referidas a lugares muy diversos, una sección de coplas festivas cubierta por el joven y, con el tiempo, destacado periodista tinerfeño Juan Pérez Delgado (“Nijota”), y dos impactantes fotografías, una de las tropas españolas desplazadas en Marruecos y otra del torero Manuel Granero Valls (1902-1922), que quince días atrás había fallecido en Madrid a consecuencia de una cogida. Con un aire más ligero, la segunda página recogía los dos reclamos informativos que con tanta petulancia anunciara en el editorial fundacional, esto es, el denso servicio telegráfico de Madrid y la crónica de modas ilustrada con dos figurines, junto a algunos relatos de entretenimiento e informaciones locales centradas, casi exclusivamente, en la isla de Tenerife y, sobre todo, en la ciudad de Santa Cruz. Finalmente, el cuarto inferior de la tercera y cuarta páginas recogía el folletín en espacios yuxtapuestos para permitir a los lectores, tras la obtención y posterior agrupamiento de los recortes de las sucesivas entregas, la configuración ulterior de un cuadernillo; mientras la superficie informativa

³⁸ Véanse detalles en la obra de Julio Antonio Yanes Mesa: *Leoncio Rodríguez y “La Prensa”: una página del periodismo canario*, Cabildo de Tenerife, CajaCanarias y Editorial Leoncio Rodríguez, Santa Cruz de Tenerife, 1995, pp. 95-153.

³⁹ En efecto, al respecto Balbino Aguirre Lazareno nos dejó un elocuente testimonio en la primera página del número editado por *La Mañana* el 12 de septiembre de 1923, en concreto, en el artículo titulado: “De la vida miserable. Una canallada”.

sobrante estaba colmada con gacetillas y anuncios publicitarios entremezclados con otras informaciones triviales. En definitiva, *La Mañana* encauzó desde el exterior hacia las islas un inusual caudal informativo, tanto desde el punto de vista de sus referencias geográficas como temáticas, con la esperanza de hacerse un hueco en el mercado lector despertando el interés de las clases populares. tal y como de inmediato dejó en evidencia, con estrategias amarillistas.

El primer inconveniente con el que tropezó Balbino Aguirre Lazareno, agravando las secuelas de su desatinada fórmula comercial, fue el de los escasos recursos presupuestarios, lo que no sólo le impidió asumir el aspecto formal de los diarios populares anglosajones sino, además, la limpieza en la confección que lucía su principal rival, *La Prensa*⁴⁰. En efecto, en clara antítesis a la pulcritud del diario de Leoncio Rodríguez, *La Mañana* apareció el 21 de mayo de 1922 mancillado por las erratas, la mala compaginación y el precario contraste entre blancos y negros, lo que su director atribuyó a la falta de pericia de los linotipistas, a los que decía estar enseñando la profesión⁴¹, y a las averías de la linotipia, comprometiéndose en días sucesivos a erradicar tales lacras desde principios de junio cuando, una vez organizados los talleres y la redacción, iba a empezar a servir las suscripciones⁴². Luego, aunque poco a poco consiguió atenuar el problema de las erratas, no tuvo tanto éxito a la hora de mejorar la presentación del periódico, en buena medida, por las deficiencias de la vieja linotipia y las rudezas de los tipos de la imprenta, más aún cuando imprimía los textos en un cuerpo de letra menudo que estiraba por siete finas columnas separadas por gruesos corondeles. Tales rémoras habían cedido levemente a finales del estío de 1923, cuando, tras reanudar la edición después de permanecer tres meses en el ostracismo, redujo las columnas a 5, ensanchó los textos, adelgazó los corondeles, emblanqueció el paginado y, para mayor clarificación de la lectura, introdujo lutos entre las informaciones contiguas, si bien, desde el 16 de septiembre de 1923, y hasta su cese definitivo tres meses más tarde, volvió en parte a sus orígenes al incorporar una nueva columna. En definitiva, el semblante del periódico resulta comprensible tanto a la luz de las limitaciones de su infraestructura tecnológica como de las convicciones de su

⁴⁰ En unas cotas prohibitivas, no sólo para *La Mañana*, sino para los restantes diarios tinerfeños que en años sucesivos intentaron abrirse un hueco en el mercado insular, lo que junto a la excelente redacción y los restantes méritos informativos hacen explicables la incuestionable supremacía de *La Prensa* en la zona occidental del archipiélago hasta el estallido de la Guerra Civil. En los años de entreguerras, tan sólo *La Tarde* (1927-1982) concurriendo al mercado a horas vespertinas y con una línea editorial informativa y tinerfeñista consiguió consolidar la edición en aquellos años de transición.

⁴¹ Aunque el diario tenía sus propios talleres dotados, al igual que los de *La Prensa* por entonces, con una máquina plana y una linotipia, ambas estaban en mucho peor estado que las de su rival. Inicialmente, la redacción, la administración y, probablemente, los talleres estuvieron ubicados en la calle San Francisco, en la trasera del Hotel Continental, de donde fueron trasladados posteriormente al número 16 de la calle La Noria.

⁴² Véanse detalles en: *La Mañana*, 23 y 26 de mayo de 1922, pp. 2 y 1, respectivamente.

director, que, en contraposición a los editores de la prensa popular anglosajona, pronto dejó en evidencia que prefería reservar el recurso de los grandes titulares, exclusivamente, para los momentos culminantes de sus campañas periodísticas.

Las mismas razones dinerarias que le impidieron a Balbino Aguirre Lazareno asumir al pie de la letra las características formales de la prensa popular anglosajona, fueron las que le imposibilitaron contratar los servicios de agencia, los redactores, los colaboradores y los corresponsales propios de una empresa tan pretenciosa como la suya en el contexto insular. En efecto, el único nombre vinculado a la redacción del periódico que, al margen de Balbino Aguirre Lazareno, salió a relucir en sus páginas fue el de Luis Méndez Franco⁴³, en concreto, cuando el 26 de julio de 1922 fue anunciada, no sin cierta rimbombancia, su incorporación a la jefatura de redacción. En cualquier caso, la escasa contribución de éste, si es que aún permanecía en el cargo, y de los restantes redactores, quedó en evidencia el 6 de diciembre de 1923, cuando, con motivo del desplazamiento de Balbino Aguirre Lazareno a los pueblos del interior de la isla para intentar cobrar las deudas de los suscriptores morosos, *La Mañana* se vio obligada sacar sólo una hoja "... en tanto en cuanto dura el viaje de nuestro director, que, como todos bien saben, confecciona solo todo el periódico..."⁴⁴. Con tales limitaciones de personal, el grueso de los contenidos del periódico eran elaborados en el anonimato de la redacción y, para aparentar un mínimo de originalidad, ofrecidos al público sin especificar, la mayoría de las veces, la autoría ni, tan siquiera, las publicaciones de donde habían sido transcritos, al calor del precario amparo que por entonces recibía la propiedad intelectual. Y a pesar de que tales prácticas eran compartidas por toda la prensa isleña de la época, aunque en proporciones menores porque los órganos políticos al menos disponían de las colaboraciones de los correligionarios, sus secuelas debieron acentuar la escasa credibilidad que suscitaban las noticias sensacionalistas y amarillistas de *La Mañana*, dado que, lejos de caer en manos de un ingenuo e impresionable público popular, inexistente en las islas, fueron pasto del minoritario y elitista sector que conformaba el lectorado isleño.

A veces, sin embargo, cuando la ocasión lo merecía porque el dato era

⁴³ Luis Méndez Franco fue, probablemente, un funcionario peninsular, que, tras hacer sus primeros pinitos periodísticos en la península, residió algún tiempo en La Palma, donde fundó, entre otros, *La Justicia* (1898-1900), *La Voz del Paso* (1902) y *El Eco de la Verdad* (1907-1908). Luego recaló en La Gomera, donde fundó *La Voz de Gomera-Hierro* (1914), y, con posterioridad, en La Laguna, donde editó *El Ideal Lagunero* (1921) confiando la administración a Manuel García Aspa (véanse detalles en la obra de Julio Antonio Yanes Mesa: *Historia del Periodismo Tinerfeño...*, op. cit., pp. 420-421). Un año más tarde, Luis Méndez Franco asumía, aunque por breve espacio de tiempo, la jefatura de redacción de *La Mañana*.

⁴⁴ Hasta el extremo de que, en alguna ocasión, incluso suplantó al corresponsal del pueblo para atender personalmente alguna coyuntura informativa, tal y como ilustra su viaje a La Orotava, anunciado el 21 de junio de 1922, esto es, cuando el periódico estaba aún inmerso en la inicial fase de crecimiento, para ofrecer "amplias informaciones" de las fiestas patronales de la localidad.

relevante, Balbino Aguirre Lazareno especificaba el nombre y apellidos del autor y, más raramente aún, el periódico donde aparecía originariamente el artículo o la información. Tal circunstancia hace explicable que *La Mañana* luciera en sus páginas la firma de periodistas peninsulares tan relevantes en el Madrid de entonces como Leopoldo Romeo (“Juan de Aragón”)⁴⁵, director del diario *Informaciones* (1922-1980) y, previamente, del que fuera algo así como el progenitor de éste *La Correspondencia de España* (1859-1925); Wenceslao Fernández Flórez, celebrado cronista parlamentario del rotativo conservador *ABC* (1905...) y uno de los redactores-jefe de la vieja revista *La Ilustración Española y Americana* (1869-1921); Luis de Tapia, prolífico poeta satírico que colaboró en la mayoría de los diarios de la época; Julio Camba, sutil y escéptico humorista que fue redactor de *ABC* y corresponsal en el extranjero de *La Correspondencia de España* y de otros destacados periódicos de la época; Francisco Gómez Hidalgo, el que dirigiera al diario germanófilo *El Día* (1916-1921) durante la I Guerra Mundial y, con antelación, al de similar orientación *Hoy* (1913); Dionisio Pérez, exdirector de la renovadora revista literaria *Vida Nueva* (1898-1900), escrita por autores modernistas y noventayochistas a raíz del “desastre” de 1898; Cristóbal de Castro, ex-redactor de la efímera y contestataria revista ilustrada *El Gráfico* (1904) y, luego, habitual colaborador del no menos fugaz diario, éste rabiosamente aliadófilo, *Los Comentarios* (1916); Roberto Castrovido, el que fuera director del diario republicano *El País* (1887-1921) en la etapa más sensata de su accidentado periplo; Álvaro de Albornoz, uno de los colaboradores más habituales del diario vespertino de izquierdas *Vida Nueva* (1921-1922); y Eduardo Zamacois, destacado novelista que en sus años de juventud dirigió la publicación “sicalíptica” eventual *Las Mujeres Galantes* (1902) y, luego, promovió el semanario amarillista *El Escándalo* (1903)⁴⁶.

Probablemente, la única sección del periódico que siempre desveló el origen de sus contenidos, aunque sin especificar el título de la obra ni, tan siquiera, de la publicación de donde fueron tomados, sino la escueta autoría, fue “Cuentos extranjeros”, introducida por Balbino Aguirre Lazareno el 27 de mayo de 1922, esto es, en el sexto número, y mantenida con periodicidad casi diaria hasta casi el cierre de la empresa. La sección, concebida como una

⁴⁵ Leopoldo Romeo había mantenido previamente, cuando dirigía *La Correspondencia de España*, una cierta vinculación con Tenerife a partir del ingreso, a mediados de 1906, del periodista tinerfeño Manuel Delgado Barreto en la redacción del diario madrileño. Como era habitual en la época, tales relaciones fueron de carácter político, en concreto, con el sector tinerfeñista del partido liberal, y se rompieron al cabo de un año, cuando Leopoldo Romeo intentó concurrir a las elecciones a cortes por la circunscripción de Tenerife (véase la obra de Julio Antonio Yanes Mesa: *Historia del Periodismo Tinerfeño...*, op. cit., pp. 300 y 308).

⁴⁶ Algunos detalles de la trayectoria profesional de estos periodistas recoge la obra de María Cruz Seoane y María Dolorea Saiz: *Historia del Periodismo en España*, 3..., op. cit., pp. 35-81 y 200-280, en particular.

entrega literaria al margen de la información y la opinión que generaba actualidad, reportó al periódico la firma de destacados novelistas, dramaturgos, ensayistas y poetas contemporáneos, la inmensa mayoría, con la sola excepción de los rusos Antón Chéjov y Máximo Gorki, de nacionalidad francesa. Entre los autores transcritos, figuran Pierre Mille (1864-1941), escritor fecundo y extenso que, en sus años de juventud, fue corresponsal del prestigioso diario parisino *Le Temps* en diversos países extranjeros; Francis de Miomandre (1881-1959), novelista y ensayista, asimismo, muy prolífico, que siempre mostró un enorme interés por la cultura y, en particular, la literatura española, lo que le hizo traducir al francés la obra de muchos autores hispanos; Augusto Garnier (1885), poeta, editor y propietario de la reconocida librería parisina Garnier Frères; León Eugenio Frapié (1863-1949), novelista y dramaturgo que, además de ganar el primer premio Goncourt en 1904, colaboró en diversos periódicos y revistas francesas; José Enrique Rosny (1856-1940), acreditado novelista que, en colaboración con su hermano Serafín Justino, elaboró una de las producciones literarias más valoradas en la época; y otros literatos, algunos con incursiones ocasionales en el periodismo, como Adriano Vely (1864-1935), Renato Bizet (1887), Mauricio Darin (1880), Carlos Luciano Valdagne (1854-1937), León Languier (1878-1950), Juan Chabrier Reibrach (1855-1927) o Luis de Robert (1871-1937)⁴⁷.

Los mismos rasgos de las firmas foráneas, esto es, esporádicas pero notables, fueron los que caracterizaron a las isleñas, aunque en este caso se trató de colaboraciones originales que, en muchos casos, recalaron en el periódico a instancias de cartas abiertas, alusiones personales o polémicas periodística. Los números conservados arrojan esta reducida, pero selecta, nómina de colaboradores: Juan Pérez Delgado (“Nijota”), célebre poeta festivo que habría de desarrollar una fecunda labor en el prestigioso diario *La Prensa* (1910-1939) y, tras la Guerra Civil, en su sucesor, *El Día* (1939...), autor de la efímera sección “Aperitivos” que apareció en los números 1 y 4; Manuel Verdugo Bartlett (1877-1951), notable poeta tinerfeño del que Balbino Aguirre Lazareno transcribió, esporádicamente, retazos de su obra; Joaquín Fernández Pajares (“Jacinto Terry”), batallador periodista y jefe de redacción, entre otros diarios, de *El Progreso* (1905-1932), *La Prensa* y *La Tarde* (1927-1982)⁴⁸, que accedió a los números 46 y 50 para mediar en la polémica que habían suscitado los fondos para la erección de un monumento a Emilio Calzadilla tras permanecer, según decía, al margen del periodismo desde el cierre de su diario *El*

⁴⁷ Véanse detalles de todos ellos en la *Enciclopedia Universal Ilustrada*, 104 volúmenes, Editorial Espasa-Calpe, Madrid, 1908-2002.

⁴⁸ En el currículo oficial de Joaquín Fernández Pajares figuran otros méritos que no pasan de la mera anécdota, tales como el de director fundacional de los diarios *La Prensa* y *La Tarde* en sustitución, aunque sólo en teoría, de sus auténticos directores, Leoncio Rodríguez y Víctor Zurita, los cuales no podían desempeñar el cargo por imperativos legales derivados de su situación laboral.

Imparcial (1916-1920); Francisco González Díaz, prolífico autor grancanario que colaboró, prácticamente, en todos los periódicos tinerfeños de la época, cuya firma apareció en el número 312; Eduardo Westerdhal Oramas (1902-1983), futuro director de la reconocida revista de vanguardia de rango internacional *Gaceta de Arte* (1932-1935 y 1936) y prestigioso crítico de arte, con una colaboración de juventud en el número 33; Domingo Molina Albertos, uno de los futuros fundadores del semanario republicano *Proa* tras las elecciones municipales de abril de 1931, que accedió al número 42; Sixto Machado, en la réplica a un artículo que Domingo Pérez Trujillo había publicado en *La Prensa*; Andrés Orozco, por entonces Alcalde de Santa Cruz, y Santiago García Sanabria, su sucesor durante la dictadura de Primo de Rivera, ambos con varias intervenciones por diversos motivos.

Mucho más escasas fueron las colaboraciones isleñas enviadas desde localidades ajenas a Santa Cruz, aunque en el caso de La Orotava debemos contar una firma tan relevante como la del joven Sebastián Padrón Acosta (1900-1953), futuro sacerdote, investigador y ensayista, cuyos trabajos habrían de frecuentar en las dos décadas siguientes las páginas de los principales diarios tinerfeños y la notable *Revista de Historia Canaria* (1924-1933 y 1938...) de la Universidad de La Laguna⁴⁹. Otras colaboraciones destacables, aunque más espaciadas aún, fueron enviadas por Domingo Acosta Guión (1884-1959) desde Santa Cruz de La Palma, poeta crítico y jocoso de ideología republicana que, en su dilatada trayectoria periodística, publicó en numerosas cabecezas palmeras y tinerfeñas. Para completar las firmas isleñas nos quedan por citar los trabajos de Manuel García Aspa, el antiguo administrador del *Ideal Lagunero* de Luis Méndez Franco, desde La Laguna; los de Francisco Baute Benítez desde Garachico, y poco más. Fuera de Canarias, la única colaboración que aparece en los ejemplares conservados está firmada por José De las Casas Pérez en Madrid, el cual accedía por entonces con asiduidad a las páginas del diario lagunero *La Información* (1915-1924).

Al margen de los artículos firmados, la información local discurría entre las secciones anónimas que elaboraba la redacción del periódico a partir de los datos que recababa en Santa Cruz y recibía de los corresponsales de los pueblos captados, como era habitual en la época, con el ofrecimiento gratuito de la suscripción. El grueso de los contenidos estaba centrado en la propia capital y organizado en secciones más o menos fijas, entre las cuales destacan las que daban cuenta de las actividades del Ayuntamiento y el Cabildo insular. Los títulos de las restantes dejan en evidencia que la temática local

⁴⁹ El fruto de su notable labor investigadora sería luego recopilado en sus obras: *Retablo canario del siglo XIX*, edición, notas e índices por Marcos G. Martínez, Cabildo de Tenerife, Santa Cruz de Tenerife, 1968; y *Poetas canarios de los siglos XIX y XX*, edición, prólogo y notas por Sebastián de la Nuez Caballero, Cabildo de Tenerife, Santa Cruz de Tenerife, 1978.

que atraía la atención del periódico, no así su tratamiento editorial, era la típica de la época: movimiento portuario, registro civil, notas de sociedad, viajeros, necrológica, notas militares, quejas de la calle y otras similares más ocasionales⁵⁰. Los servicios de los pueblos llegaban por correo y aparecían con los títulos “Ecos de...” o “Notas de...” bajo las iniciales del corresponsal, algún pseudónimo o el anonimato. En coherencia con el desigual desarrollo socioeconómico de la isla, el grueso de los contenidos procedía del norte y, además, en proporciones que diferían entre las distintas localidades en función de la cercanía a Santa Cruz, el grado de urbanización y los contactos personales de Balbino Aguirre Lazareno. En orden decreciente, el protagonismo informativo local fue el siguiente: La Laguna, La Orotava, Garachico, Puerto de la Cruz, Tacoronte, Icod de los Vinos, La Victoria, El Sauzal, La Matanza de Acentejo y La Cruz Santa. De la zona sur, sólo dos municipios, Guía de Isora y Candelaria, éste con motivo de la fiesta de la patrona del archipiélago, saltaron, y en una sola ocasión, a las páginas del periódico. Del resto del archipiélago sólo llegaban informaciones muy puntuales y en coyunturas muy excepcionales, caso de La Palma a propósito del desplazamiento de unos conocidos músicos tinerfeños. Finalmente, este capítulo informativo tampoco estuvo exento de los típicos refritos de la redacción, tal y como ilustran las noticias que aparecían sin especificar fuente alguna o que reconocían proceder de algún periódico, procedimiento que incluso sirvió para informar de la actualidad de Icod de los Vinos a partir del semanario local *La Comarca* (1919-1923); o la sección que apareció sobre Las Palmas en vísperas de la desaparición del periódico, cuando su crisis había espantado al grueso de los corresponsales de la isla⁵¹.

UN CICLO DE VIDA EFÍMERO

Tal y como han constatado los estudiosos contemporáneos de la gestión empresarial de los medios de comunicación⁵², aunque la permanencia de los

⁵⁰ En efecto, la cultura de masas aún no había adquirido en Canarias el desarrollo suficiente como para generar el denso capítulo informativo que estaba llamada a cubrir en la prensa popular, carencia que *La Mañana* apenas palió con el boxeo y, sobre todo, el fútbol. Con tales limitaciones, y en coherencia con su línea editorial, el periódico procuró enfocar la temática deportiva desde perspectivas más amplias que las específicamente isleñas bajo el pomposo titular: “Notas Deportivas. Islas Canarias. Península. Extranjero”, y pseudónimos tan diversos como José Gas, Mr. Kerry o Kinke; sección que era cumplimentada en el anonimato de la redacción en base a noticias locales e informaciones extractadas de publicaciones foráneas.

⁵¹ E incluso a algún operario de los talleres, a los que debía haber dejado de pagar el jornal por entonces, tal y como evidencia el reiterativo, e infructuoso, anuncio que desde el 12 de septiembre de 1923 insertó en sus páginas: “Se necesitan cajistas en la imprenta de este diario”.

⁵² Véase la obra de John M. Lavine y Daniel B. Wackman: *Gestión de empresas informativas*, Ediciones Rialp, Madrid, 1992, pp. 287-291 (título original: *Managing Media Organizations: Effective Leadership of the Media*, Longman Inc., 1988, United States).

productos informativos en el mercado es muy desigual, todos suelen compartir una trayectoria jalonada por el decurso de una serie de etapas más o menos coincidentes que, en conjunto, conforman lo que se ha dado en llamar “ciclo de vida del producto informativo”. En efecto, haciendo corresponder tales vicisitudes con el ciclo existencial de los seres vivos, los teóricos de la materia han detectado cinco fases sucesivas cuya mera nominación resulta sumamente esclarecedora para conocer las interioridades del proceso. A saber: la infancia, que comprende la aparición y la evolución inicial del producto informativo; el crecimiento, en el que queda inmerso desde que empieza a captar audiencia, evidentemente, dentro del segmento de mercado al que va dirigido; hacia la madurez, cuando consigue entrar en competencia con los medios consolidados; la madurez, cuando alcanza el techo de su difusión; y el declive, que inicia al quedar progresivamente obsoleto por la evolución del contexto y las innovaciones que introducen los nuevos competidores. Los principios configuradores y, luego, la gestión empresarial del producto informativo hacen, como es fácil de suponer, que el cuadro descrito cristalice en una casuística muy dispar, dándose algunos casos de acentuada longevidad por el acierto de la línea editorial y la habilidosa adaptación a las mutaciones del entorno y otros que, cuando parecía que tenían sus días contados, consiguieron remontar el vuelo con la introducción de las correcciones oportunas. Y, en efecto, a pesar de que *La Mañana* nunca tuvo la oportunidad de adquirir en su corto periplo una estructura empresarial mínimamente autónoma, estatus que, por lo demás, era prohibitivo para el periodismo canario a inicios de los años veinte, su trayectoria cae dentro del marco explicativo aludido, por más que la fugacidad del ciclo existencial dificulte la percepción de tales etapas.

En efecto, a pesar de las premuras y las estrecheces presupuestarias con las que saltó a la palestra periodística, *La Mañana* debió despertar, al menos, en un primer momento, una cierta expectación entre el lectorado isleño, circunstancia que le permitió entrar de inmediato en la fase de crecimiento. La inserción del subtítulo “Diario de Información Mundial”, en una coyuntura en la que su principal competidor, *La Prensa*, se veía obligado a achicar el caudal de la información foránea hasta los volúmenes de anteguerra porque los canales comunicativos con el exterior habían quedado reducidos de nuevo al telegrama del corresponsal de Madrid, debió favorecer su irrupción en el mercado. Más aún cuando todavía estaban recientes los agradables ratos de lectura que había brindado la actualidad internacional durante la I Guerra Mundial. Paralelamente, la audaz campaña que de inmediato desató contra las autoridades insulares para conseguir el desguace y retirada de los restos del buque Roger de Lluria, “... ese islote de hierro viejo...”, que llevaba tres años varado en el puerto por la “... dejación absoluta de deberes como no se recuerda en los anales de la burocracia...”, introdujo en la isla un nuevo modo de hacer perio-

dismo, mucho más combativo⁵³, que debió sintonizar con la exigencia de responsabilidades que rebullía en el subconsciente en la sufrida sociedad isleña tras la dura experiencia de la guerra. Asimismo, las informaciones amarillistas preñadas de curiosidades inverosímiles de todo tipo que poblaban sus páginas, algunas tan ingenuas como la que afirmaba que los alumnos de la Universidad de Barcelona habían convencido a un catedrático para que alternara en sus clases las explicaciones con sesiones de baile aduciendo que tal método había sido introducido con éxito por un profesor en los Estados Unidos, debieron acentuar el impacto inicial del periódico. Y, en efecto, indicadores objetivos tan diversos como la captación de esquelas⁵⁴, la incorporación de Luis Méndez Franco como jefe de redacción o la evolución de las informaciones, corroboran el esperanzador comienzo del periódico. También, la nota de agradecimiento que Balbino Aguirre Lazareno publicó en el décimo número, cuando iba a empezar a servir las suscripciones, por las numerosas felicitaciones que, según decía, estaba recibiendo de los lectores.

Pero la información internacional no tenía la frescura, el volumen ni, menos aún, el atractivo de la que había circulado recientemente al calor de la excepcional coyuntura de la guerra. Paralelamente, el periódico dejó pronto en evidencia que su línea editorial, más que estar guiada por el noble afán del servicio público, obedecía, simplemente, al deseo de llamar la atención en la sociedad isleña sin reparar en el procedimiento. Además, el mercado lector canario, limitado por unas tasas de analfabetismo que tendían al 70% y un nivel de vida paupérrimo, carecía del segmento popular que podía haber consumido, dócilmente, las informaciones amarillistas. Y es que el periódico, en lugar de caer en manos irreflexivas y poco exigentes, fue a parar al minoritario, y exquisito, círculo letrado isleño, donde sus contenidos fueron cribados por al tamiz de la racionalidad. Para colmo de males, el ingrediente del modelo popular que más gancho podía ejercer en tan elitista mercado, el diseño y el componente gráfico, estaba limitado, tanto desde el punto de vista cuantitativo como cualitativo, por la precaria infraestructura tecnológica disponible⁵⁵,

⁵³ Nos referimos al periodismo informativo ajeno al que tradicionalmente cultivaban los órganos políticos, dado que éstos estaban enfrascados, sin solución de continuidad, en trifulcas soeces que, cuando se cruzaba el "pleito insular", adquirirían unas cotas de virulencia que en nada tenían que envidiar al más puro de los amarillismos cuando el modelo aún no había cristalizado, como tal, en los Estados Unidos. Sin duda alguna, uno de los capítulos más penosos fue el protagonizado por *El Zurriago* de Santa Cruz de Tenerife y *El Látigo* de Las Palmas en los meses otoñales de 1881 al calor del recrudecimiento del "pleito insular" por el presunto traslado de la Capitanía General de Santa Cruz a Las Palmas. Pues bien, en tal coyuntura, mientras *El Zurriago* amenazaba con no dejar un hueso sano, decía, al prójimo que se le atravesara por delante, *El Látigo* sintetizaba su programa en la consigna "¡latigazo y tente tieso!" (véase la obra de Julio Antonio Yanes Mesa: *Historia del Periodismo Tinerfeño...*, op. cit., pp. 261-262).

⁵⁴ En efecto, frente a las seis que captó en los dos primeros meses de edición, insertas en los números 32, 33, 38, 51, 54 y 57, sólo figuran dos en los cinco meses finales, en concreto, en los números 325 y 332.

⁵⁵ Tal y como ilustran los percances de los procesos de impresión que esporádicamente salieron a la luz pública, unas veces por averías de la vieja linotipia, lo que le obligó a editar sólo 2 páginas entre el 15

tal y como evidencian los esporádicos grabados y la mala definición de las escasas fotografías⁵⁶. Al desatino de la fórmula, pues, se unía el problema de tener en frente a un rival tan duro como *La Prensa*, cuya acertada línea editorial iba acompañada de una esmerada confección. Consecuencia de ello fue la inmediata pérdida del impacto social del periódico⁵⁷ al quedar en entredicho su credibilidad entre el lectorado, lo que cegó en flor su crecimiento cuando aún no había tenido tiempo de entrar en competencia con el diario de Leoncio Rodríguez. La traumática fractura del ciclo vital del desafortunado engendro desembocó en una prolongada agonía que se hizo visible en sus páginas con indicadores tales como el incesante incremento de los refritos de la redacción, el cambio de la edición desde el 10 de octubre de 1923 a horas vespertinas y la desesperada búsqueda de alicientes para ganarse el favor del público.

Al igual que ocurre con la información general, la evolución de la dedicada a la mujer resulta sumamente ilustrativa para calibrar la decadente trayectoria del periódico. En efecto, la tan cacareada “Crónica de Modas” que María Munari enviaba desde Madrid, sólo se mantuvo hasta el número 37 tras aparecer en cinco contadas ocasiones, en concreto, en los números 1 (en este caso bajo el pseudónimo “Fifi”), 6, 10, 19 y 31. Sin duda alguna, se trataba de una sección atrayente para la mujer de las clases sociales acomodadas de la época, la única

y el 17 de julio de 1922; otras por algún corte en el fluido eléctrico, lo que al reducir la jornada laboral le hizo sacar el número del 26 de mayo de 1922 sin editorial, porque como “... no tenía galeras de repuesto (...) nos es imposible publicar el pliego entero...”, el del 2 de diciembre de 1923 con sólo 2 páginas, y el del 28 de noviembre de 1923 a suspenderlo. En una ocasión, el 6 de septiembre de 1923, en medio de lamentos por “... los muchos contratiempos, unos fortuitos y otros intencionados...” con los que tropezaba para mantener la edición, ilustró con algunos detalles las penurias de su infraestructura tecnológica: “Al meter en máquina la segunda y tercera planas se nos han empastelado, teniendo que hacer otras a prisa y corriendo sólo con anuncios...” Para mayor desconsuelo de Balbino Aguirre Lazareno, *La Prensa* siempre se las arreglaba para dar satisfacción a la oferta informativa que tenía comprometida con su clientela.

⁵⁶ En efecto, a pesar de tratarse de uno de los reclamos informativos más importantes de la prensa popular, *La Mañana* tuvo que conformarse con publicar, por limitaciones técnicas, dos fotografías en sólo siete números: el 1, 3, 4, 6, 313, 314 y 348; ninguna en los comprendidos entre el 16 y el 66, cuando la colección se interrumpe hasta el número 311; y sólo una en el resto de los ejemplares conservados, que tampoco incluye muestras de los números que van del 370 al 397. Normalmente, las fotografías aparecían en la primera página, aunque a partir del número 350 lo hicieron en alguna ocasión en la segunda, con una evolución temática que, de estar centrada inicialmente en la vida política y cultural de Sevilla, luego se diversificó y abrió a la actualidad internacional y, sobre todo, a la familia real española. La cultura de masas fue protagonista en tan sólo dos números, el 3 y el 341, a propósito del futbolista sevillano Kinke y del boxeador norteamericano Jack Dempsey; al igual que Canarias, el 316 y el 340, de la que ofreció una instantánea de la calle principal del Puerto de la Cruz durante el acto en desagravio al periodista Domingo Pérez Trujillo por la condena de un tribunal militar y, luego, un primer plano de Angelito García, “el famoso curador de la lepra” recientemente llegado de Cuba.

⁵⁷ Barrera prácticamente infranqueable en el mercado lector isleño antes de su desarrollo conforme avanzaron los “felices” años 20, tal y como había testimoniado Miguel Espinosa a mediados de los años ochenta del siglo anterior cuando promovió *El Ramillete Literario* al objeto, decía, de intentar salvar a *La Salud*, revista médica que, llevando poco más de un año en el mercado, acusaba una creciente merma de suscriptores “... a consecuencia del cansancio que aquí nos invade cuando la novedad no nos anima...” (véase: *El Ramillete Literario*, editorial del 14-12-1884, núm. 1).

que podía leer un periódico por entonces, dado que estaba centrada en el comentario de las prendas de vestir que lucían sendos figurines dibujados. En sustitución de “Crónica de Modas”, a partir de entonces apareció “Vida Femenina” bajo la firma de Beatriz Sorrento, ésta con mayor asiduidad, pero también con un tono más popular y, por lo tanto, menos atractivo en el elitista mercado isleño, dado que se limitaba a ofrecer pequeños relatos que, muy de vez en cuando, hacía acompañar con el dibujo de un figurín comentado. Con el paso del tiempo, la sección quedó en el anonimato y adquirió un carácter desenfadado dedicando su contenido a un sector femenino determinado bajo el formato “Para...”⁵⁸, características con las que permaneció hasta el 1 de septiembre de 1923. A partir de entonces, *La Mañana* sólo dirigió secciones literarias a la mujer, en concreto, la anónima “Charla Femenina”, que la redacción había introducido desde el número 15 con un tono más vulgar y, por lo tanto, menos acertado aún que el de la anterior; y el folletín, cubierto en un principio con una obra que no debió ser del agrado del público y, desde el 10 de agosto de 1923, con la notable novela “Pablo y Virginia” del literato francés Jacobo Enrique de Sainte Pierre (1737-1814), aduciendo que pretendía poner la sección al alcance de todo el mundo, “... desde la gran señora a la más humilde mujer...”, sin reparar, por enésima vez, en las altas tasas de analfabetismo isleñas.

Los datos que Balbino Aguirre Lazareno aireó de las finanzas del periódico, confirman la inmediatez del fracaso. En efecto, *La Mañana* tampoco pudo competir favorablemente con *La Prensa* en el terreno económico, dado que ambos costaban 10 céntimos al número porque así había sido fijado el precio de los diarios por el Gobierno desde inicios de junio de 1920. Para ilustrar sus pocos ingresos, basta con observar que el 6 de diciembre de 1923 reconoció que los destinatarios de su tirada eran los abonados porque las ventas de ejemplares sueltos eran prácticamente nulas, cuando, evidenciando su escasa penetración en el interior de la isla, nunca concertó los pagos por franqueo con la Delegación de Hacienda de Tenerife para servir los pedidos ajenos a Santa Cruz⁵⁹. Es más, a pesar de la exigua clientela que tenía en los pueblos, Balbino Aguirre Lazareno había amenazado el 25 de noviembre de 1923 a los suscriptores morosos de éstos, a los que achacaba la ruina del periódico, con publicar los nombres “... para vergüenza suya y descargo nuestro ante nuestros compromisos...” Por otra parte, el otro capítulo de ingresos, la publicidad, tampoco generaba los beneficios suficientes como para merecer el concierto anual de la tributación correspondiente con la Delegación de Hacienda. En efecto, *La Mañana* publicaba en un principio gacetas de hasta ocho líneas al precio de

⁵⁸ También en esta sección, la temática específicamente canaria brilló por su ausencia, dado que en una sola de las ocasiones en las que aludió algún ámbito geográfico específico se refirió a la realidad insular, en concreto, en el número 323, cuando tituló la perorata “Para una lagunera”.

⁵⁹ Véase la obra de Julio Antonio Yanes Mesa: *Leoncio Rodríguez y “La Prensa”*..., op. cit., pp. 479-486.

50 céntimos la inserción, cuota que en esencia mantuvo siempre porque luego, en el estío de 1923, manejaba la fórmula de insertar hasta diez líneas de texto en ocho ocasiones por 7 pesetas mensuales. El resto eran anuncios con diseños, tamaños y precios a convenir, los cuales intentó dinamizar desde el 11 de junio de 1922 con el ofrecimiento de páginas enteras, “a la americana” y con tasas “muy económicos”, a las casas comerciales, aunque sin captar jamás tal tipo de publicidad. En líneas generales, los datos evidencian que *La Mañana* nunca debió rebasar las 65 y las 25 pesetas por ventas⁶⁰ y anuncios, respectivamente, de recaudación diaria, cuando sus costos de edición para tiradas de mil ejemplares, cifra que nunca alcanzó, rondaban las 120 pesetas⁶¹. La insostenible situación del diario salió a relucir el 6 de diciembre de 1923, cuando Balbino Aguirre Lazareno cifró la deuda acumulada en la segunda etapa, cuyos márgenes existenciales desconocemos con precisión⁶², en cuatro mil pesetas, esto es, en el costo aproximado de una treintena larga de ediciones.

Los desconcertantes bandazos idiomáticos de la última etapa de *La Mañana*, en la que, en ocasiones, adquirió el carácter de periódico trilingüe, resultan en parte explicables a la luz de la desesperada búsqueda de algún revulsivo para sacar a la empresa del atolladero. En efecto, con la esperanza de imprimir fresca y originalidad informativa a sus páginas, desde el 4 de agosto de 1923, Balbino Aguirre Lazareno añadió ocasionalmente a la sección del telegrama de Madrid, cuyo contenido troceaba por países y ciudades en función de las referencias geográficas, un apartado escrito en inglés, aunque sin especificar fuente alguna, bajo el pomposo titular *British Official Wireless*, cuya extensión a veces alcanzó hasta la columna y media. Más difícil resulta comprender los motivos que diez días más tarde, el 14 de agosto de 1923, le indujeron a obrar del mismo modo con un idioma tan desconectado de la vida cotidiana isleña como el catalán, lo que supone todo un hito en la historia del periodismo canario, porque tal proceder no creemos que haya tenido precedente ni parangón alguno en las islas. En este caso, se trató de una sección que, bajo el nostálgico titular “De Nostra Terra”, recogía textos de autores catalanistas tan reconocidos como Josep Carner, director fundacional del mensuario

⁶⁰ Dado que los ingresos por ventas procedían de cuotas de suscripción de 2, 6 y 10 pesetas por mes, trimestre y año, respectivamente, eran inferiores a los que hubieran correspondido a las ventas callejeras.

⁶¹ En efecto, tal es la cifra que dedujimos aplicando a los costos de edición de los años previos a la I Guerra Mundial el índice corrector de la fuerte inflación de la posguerra, cuyo alcance calibramos a la vista del encarecimiento del precio de venta del ejemplar de 5 a 10 céntimos desde junio de 1920 (véanse detalles en la obra de Julio Antonio Yanes Mesa: *La encrucijada del periodismo canario, 1898-1936. Entre el “pleito insular”, el compromiso ideológico y la vocación informativa*, Editorial Benchemo, Santa Cruz de Tenerife y Las Palmas de Gran Canarias, 1998, pp. 97-98, en particular).

⁶² Tan solo sabemos que en su transcurso sacó a la calle un número de ediciones superior a 110 e inferior a 359, puesto que la colección está interrumpida entre los números 66 y 311, entre los cuales se produjo la fractura entre ambas etapas. Barajando los datos de la deuda a la luz de los costos de edición (30 pesetas de déficit diario multiplicadas por 133 ediciones, nos daría una deuda total de 3.990 pesetas), deducimos que *La Mañana* debió sacar en esta segunda etapa entre 130 y 140 ediciones.

D'ací i D'alla (1918-1924) y corresponsal del órgano de Acció Catalana *La Publicitat*; y Apeles Mestres, dibujante de la revista literaria madrileña *Vida Nueva* (1898-1900) y de la publicación infantil catalanista *En Patufet*⁶³. Con el penoso trasfondo de las deficiencias formales e informativas de entonces, cuando ambas secciones coincidían en un mismo número, *La Mañana* llevaba al más lamentable de los paroxismos las ansias cosmopolitas que subyacían en su pretencioso subtítulo “Diario de Información Mundial”, ante el estupor del minoritario y reflexivo lectorado isleño.

UNA TORPE REACCIÓN ANTE LA CRISIS: LA ACENTUACIÓN DEL AMARILLISMO

Sin duda alguna, Balbino Aguirre Lazareno nunca comprendió las razones que hicieron fracasar su ambicioso proyecto periodístico, ciertamente, porque no tuvo la pericia necesaria para atisbar el problema desde dentro de la coyuntura⁶⁴, lo que hace explicable que, en lugar de enmendar, profundizara en el yerro. Al margen de lo difícil que era abrirse un hueco en el raquíptico mercado lector de Tenerife por la fuerte presencia de *La Prensa*, *La Mañana* añadió un nuevo obstáculo a la empresa al optar por un modelo popular sin reparar en la inexistencia del correspondiente segmento de mercado en la isla. Junto al amarillismo de las informaciones, tal configuración salió a relucir en el apoyo incondicional que brindó a las clases más humildes y en la serie de campañas que desató contra diversas autoridades e instituciones insulares con la intención, según decía, de corregir abusos y negligencias. Para ilustrar el desaforado populismo, basta con observar su postura demagógica ante la campaña que un sector de la prensa de Santa Cruz llevó a cabo para preservar el entorno de la plaza del Príncipe de los destrozos que sufría en las sesiones estivales de cine gratuito, lo que le hizo manifestar el 18 de junio de 1922: “... las clases populares tienen grandes desperfectos, no lo negamos, pero de todos ellos las redime el dolor de su miseria...”⁶⁵. Mientras tanto, su animadversión a la clase

⁶³ Véanse más detalles en la obra de María Cruz Seoane y María Dolores Sáiz: *Historia del periodismo en España*, 3..., op. cit., pp. 200, 285, 309 y 317.

⁶⁴ Tal circunstancia ilustra magníficamente cómo las valoraciones personales que nos han legado los coetáneos en cartas, periódicos o libros de memorias carecen, hasta que no se demuestre lo contrario, de validez científica para sustentar las conclusiones de cualquier investigación histórica, error metodológico que con frecuencia ha elevado a la categoría de conocimiento científico lo que no pasa de ser un conocimiento común y, por lo tanto, una mera hipótesis de trabajo que demanda la correspondiente verificación con la metodología oportuna.

⁶⁵ Probablemente, la resultante más noble de la populachería salió a relucir en las páginas del periódico a partir del 2 de agosto de 1922, cuando Balbino Aguirre Lazareno se propuso forzar la constitución de una “liga contra el analfabetismo” mediante la impresión de un cupón recortable para que los lectores votaran por un presidente, un vicepresidente, cinco vocales, un secretario y un tesorero, entre los personajes más conocidos de Santa Cruz. Pero incluso en tan loable iniciativa, el periódico dejó en evidencia, con la posterior supresión del cupón sin esclarecer el resultado final de la campaña, su escasa sintonización con la sociedad isleña.

dirigente isleña había encontrado un blanco ideal en la autoridad portuaria, a la que responsabilizaba por desidia de la permanencia de los restos del Roger de Lluria en el puerto, al tiempo que culpaba a los restantes diarios de complicidad por el silenciamiento del problema. Tras llevar a cabo una dura campaña en un tono sumamente intransigente, el periódico se atribuía el 14 de junio de 1922, cuando sólo llevaba, decía, "... 19 días en la calle...", el inicio del desguace del buque en un titular descomunal a todas las columnas: "Tras una ruda (SIC) campaña, *La Mañana* logra que se extraiga el casco del Roger de Lluria". En medio del entuerto, el belicoso diario solicitó el juicio del público sobre el proceder de sus colegas, al tiempo que arremetió contra el ingeniero-jefe del puerto cuando éste denunció la manipulación de una entrevista para, luego, en números sucesivos, retomar esporádicamente el tema para criticar las obras en un tono que dejaba traslucir la inoperancia de los técnicos y la autoridad portuaria.

Mientras tanto, desde el 6 de junio de 1922, el periódico había empezado a anunciar la publicación de "Informaciones Sensacionales" a cargo de su propio director. El título de la primera entrega, "La mártir de la fábrica", insiste en las ingenuas expectativas que Balbino Aguirre Lazareno tenía depositadas en el gancho de la emocionalidad para atraer lectores en la isla, al igual que los detalles que adelantaba de la protagonista de la historia, una asalariada de una fábrica de tabacos de la localidad que "... aún padece sus infortunios de amante abandonada y madre dolorosa..." Con la esperanza de despertar la morbosidad del público, añadía que la susodicha iba "... mojada en tibias lágrimas de humano dolor, y en ella alienta la íntima tragedia de una mujer, esa vulgar tragedia disimulada detrás de una falsa sonrisa que más parece un sollozo roto que el alegre y optimista reír de una juventud alegre y triunfadora..." El otro tema al que recurrió para pergeñar tal tipo de informaciones fue el de los sucesos, caso del asesinato de Las Palmas anunciado el 21 de julio de 1922 con "... manifestaciones interesantísimas de la madre de Paco "El Pianista", degollado por Stella Broca "La Francesa" en un alarde de matonismo de trotacalles, y no en venganza de su honra, como se venía creyendo..."⁶⁶. Al tiempo que apelaba a los incentivos más innobles de los lectores, Balbino Aguirre Lazareno dejaba en evidencia un fuerte temperamento que iba al pelo con su manera de entender el periodismo, tal y como ilustran

⁶⁶ Los sucesos siempre constituyeron un indudable gancho comercial en el raquítico mercado lector isleño al que no renunció, siquiera, *La Prensa*, aunque dándoles un tratamiento informativo mucho más austero y sentido en coherencia con la idiosincrasia isleña. Con posterioridad, en plena II República, otro diario de Santa Cruz de Tenerife en crisis, *Hoy* (1932-1936), también frivolisó con los hechos luctuosos para intentar salir del atolladero, publicando las más horripilantes fotografías en primera página sin conseguir, tampoco, ganarse el favor del público (véanse detalles en el artículo de Julio Antonio Yanes Mesa: "El diario político *Hoy*: un anacronismo informativo en Tenerife durante la II República", en *Anuario de Estudios Atlánticos*, publicación asociada al Centro de Estudios Históricos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, nº 38, "Patronato de la Casa de Colón", Madrid-Las Palmas, 1992, pp. 603-640).

las duras polémicas que, de vez en cuando, mantuvo con los jefes de telégrafos y correos, a los que acusaba de torpedear su empresa por retardar, el primero, la entrega de los telegramas a la redacción y, el segundo, el envío de los ejemplares a los suscriptores de los pueblos. Las contundentes respuestas de ambos, siempre dejaron patente que, cuando se produjeron, tales demoras fueron achacables a *La Mañana* por la tardanza con las que llegaban el servicio del corresponsal de Madrid a telégrafos o, en el otro caso, los paquetes del periódico a la oficina correos, "... después de las siete de la mañana, cuando los coches ya habían partido con la correspondencia hacia el interior de la isla..."⁶⁷.

Por las mismas razones temperamentales, los encontronazos, los malentendidos y las polémicas empañaron de manera casi inevitable las relaciones que Balbino Aguirre Lazareno tenía con los diversos organismos de la sociedad canaria en los que hacía el acopio de sus informaciones, tal y como ilustra el caso específico del Ayuntamiento de Santa Cruz. En efecto, a los pocos días de estar en la calle, *La Mañana* empezó a hacerse eco de la evolución de la cuestación pública abierta por el Consistorio para la adquisición de los terrenos que habrían de ubicar el parque municipal, dejando en entredicho la honorabilidad de la comisión recaudadora el 30 de mayo de 1922, cuando no recibió los últimos datos con la inmediatez deseada. Poco más tarde, el 12 de julio de 1922, el periódico solicitó al propio Ayuntamiento detalles sobre la evolución de la vieja suscripción que había abierto para la construcción de un monumento a Rafael Calzadilla, planteando luego la duda sobre el destino de buena parte de la recaudación. En esta ocasión, aunque el Alcalde de Santa Cruz, Andrés Orozco, terció una semana más tarde para afirmar que los fondos no habían sido usados, siquiera, para pagar los medicamentos ni los honorarios de los facultativos en la reciente epidemia gripal, *La Mañana* continuó en sus trece posteriormente a la vista de las mutilaciones, decía, que figuraban en las listas publicadas con la relación de los donantes. Luego, sin arredrarse ante la reciente instauración de la dictadura de Primo de Rivera, el impetuoso diario anunció el 5 de octubre de 1923 la inmediata suspensión de toda información relacionada con el Ayuntamiento porque, según decía, el Alcalde entrante, Santiago García Sanabria, había dejado plantado a un redactor que había solicitado una entrevista, forzando la intervención conciliadora de aquél.

Si al vehemente carácter de Balbino Aguirre Lazareno añadimos la animadversión que sentía por Leoncio Rodríguez ante la hegemonía del diario de éste en el panorama periodístico de la isla, fácilmente comprenderemos el tono que adquirieron las diatribas que *La Mañana* dirigió, cada vez que tuvo la oca-

⁶⁷ Véanse detalles en: *La Mañana*, 21 de junio de 1922, p. 2; y 29 de agosto de 1923, p. 3.

sión para ello, a *La Prensa* ⁶⁸. Dos casos puntuales acaecidos en el inicio y las postrimerías de su corto ciclo vital, el primero cuando aún estaba inmerso en la etapa de crecimiento y el segundo cuando ya acusaba los achaques del declive final, ilustran magníficamente el paralelismo existente entre la creciente virulencia del discurso y la decadente trayectoria del engendro informativo. En efecto, el 8 de julio de 1922, cuando *La Prensa* reprodujo un artículo de Eduardo Zamacois que Balbino Aguirre Lazareno había tomado previamente de *El Mercantil Valenciano*, *La Mañana* simplemente reaccionó con un comentario sutil, "... lo mejor sería que su director o cualquiera de sus redactores, viniese un momento por nuestra casa: tendríamos muchísimo gusto en ilustrarle sobre la cuestión...", tras poner en duda la capacidad de éstos para comprender el contenido. Pero al cabo de un año, la refinada ironía había dado paso a las más soeces de las descalificaciones, tal y como ilustra la perorata que Balbino Aguirre Lazareno publicó el 23 de septiembre de 1923, cuando atribuyó el origen de todos sus males a algunos empleados de *La Prensa* que, según decía, se dedicaban a amedrentar en la calle a sus vendedores "... ya que no tienen riñones, ni talento, para acabar con *La Mañana* por superioridad de elementos de confección (...) se acude al acto villano, a la habilidad del golfo de arroyo... ¿Pero es posible que esa gentuza redacte el periódico serio de Tenerife?... Si ese expeón caminero que dirige *La Prensa* no manda a la gentuza que está a sus órdenes a suspender las raterías sabrá, muy a su costa, que aún me sobran medios para defenderme..." Por su parte, Leoncio Rodríguez, consciente de la necedad que subyacía en la trastienda de tales bravuconadas, permaneció indiferente ante las continuas provocaciones que recibió de tan molesto, como incompetente, rival.

En el tramo final de su desafortunado periplo, todos los sectores sociales que mantenían algún tipo de relación con el periódico, incluyendo a los lectores, sufrieron alguna vez las iras de Balbino Aguirre Lazareno. En efecto, el 11 de agosto de 1923, *La Mañana* emprendió una "huida hacia adelante" en base a la ampliación de la superficie informativa a 6 páginas y el mantenimiento del precio de venta a 10 céntimos, cosa que por entonces no estaba al alcance ni de *La Prensa*, aunque para ello se limitó a aumentar el tamaño de los anuncios y a alargar, aún más, el telegrama de Madrid y la información internacional con el tradicional recurso de "hinchar el perro" en la redacción. Pues bien, a los tres días, al comprobar que con tal estratagema no podía frenar la caída de las ventas, el airado editor reaccionó con la publicación de una nota con caracteres

⁶⁸ Con el diario *Gaceta de Tenerife*, sin embargo, *La Mañana* mantuvo unas relaciones mucho más cordiales, indudablemente, porque su autolimitada difusión en el mercado insular a consecuencia de militar en las filas católico-conservadoras no representaba un obstáculo de consideración para las expectativas de Balbino Aguirre Lazareno (véase: *La Mañana*, 13 de octubre de 1923, p. 1, donde traslada su felicitación a *Gaceta de Tenerife* con motivo de la edición de un número extraordinario de 6 páginas).

destacados, como si levantara la voz a los lectores, en los espacios estelares de la primera página, que debió espantar a buena parte de los pocos que aún le quedaban: “Una breve, pero costosa, experiencia me ha demostrado que gran parte del público no sabe apreciar debidamente el esfuerzo que supone publicar en Tenerife un diario de seis páginas y, sobre todo, confeccionado (SIC) como lo está *La Mañana*. En vista de eso, he decidido continuar la publicación de mi diario dentro de los viejos moldes de la prensa isleña. Cuando el ambiente sea propicio a grandes reformas periodísticas, entonces las haré”. Esta falta de respeto al público debió acentuar todos los males⁶⁹ y, con ello, precipitar la anunciada firma del acta de defunción definitiva del periódico.

Como es fácil de suponer, las últimas campañas periodísticas no pudieron sustraerse de la creciente radicalización del discurso del belicoso diario. En efecto, a partir del 11 de octubre de 1923, tras el paréntesis informativo que impuso la sublevación del general Primo de Rivera, *La Mañana* reorientó toda su artillería pesada hacia el puerto de Santa Cruz de Tenerife para arremeter, a un tiempo, contra los “despilfarros” de la Junta de Obras y las tropelías de los buques “negreros” de la emigración. La vehemente actitud del periódico culminó, en el primer caso, con el envío de un telegrama al Directorio en solicitud de su intervención para depurar al organismo portuario, aduciendo que “... los políticos habían sido expulsados de todas partes...” menos de ésta; y, en el otro, con la ruidosa celebración de la presunta huida de Santa Cruz de un buque “negrero” por temor, decía, a sus denuncias. Pero más virulenta aún fue la campaña que, a partir el 13 de diciembre de 1923, dirigió contra “los horrores” del hospital civil de Santa Cruz, en la que, tras dar detalles espeluznantes sobre las condiciones higiénicas y alimentarias de los enfermos, reclamó una urgente inspección a las autoridades insulares. Según decía, la raíz del problema estaba en las enfermeras que, normalmente, eran “mujeres de vida airada” que sometían a toda clase de torturas a los pacientes, salvo aquéllos de los que recibían alguna satisfacción económica, dándose el caso de “... una anciana arrojada contra el suelo y arañada por esas arpías antes de morir...” Aquélla fue

⁶⁹ El único diario tinerfeño que ha sabido utilizar con acierto las estrategias amarillistas ha sido *La Tarde* (1927-1982), fundado por Víctor Zurita a raíz de la división provincial con la línea editorial informativa y tinerfeñista que demandaba la isla por el “despojo” que había supuesto la pérdida de la capitalidad única del archipiélago. Con tan oportuno cóctel informativo, y concurriendo al mercado a horas vespertinas para evitar la competencia de *La Prensa*, *La Tarde* supo echar mano de ciertas, muy pequeñas, dosis de amarillismo para defender sus tesis tinerfeñistas al calor de la emocionalidad que siempre ha suscitado el “pleito insular” entre la población isleña, estrategia que atenuó notablemente tras su consolidación empresarial en los años de la República (véanse detalles en el artículo de Julio Antonio Yanes Mesa: “El feroz tinerfeñismo del diario *La Tarde* en su etapa fundacional”, en *Tebeto VII. Anuario del Archivo Insular de Fuerteventura*, Cabillo Insular de Fuerteventura, Puerto del Rosario, 1994, pp. 83-110). El reciente fracaso del diario tinerfeño *La Gaceta de Canarias* (1989...) tras recurrir al más burdo de los amarillismos para intentar salir de la crisis en la que cayó por el escaso predicamento de su inicial vocación regional en la isla, lo que provocó su absorción en el año 2001 por el diario madrileño *El Mundo* (1989...), evidencia que tales formas de hacer periodismo siguen sin calar en la sociedad canaria.

la última embestida dialéctica de Balbino Aguirre Lazareno, el cual, tras comprender que debía cerrar el periódico, dejó aflorar los sentimientos más nobles de su compleja personalidad para, de un lado, alabar la abnegada labor de las monjas en el hospital y, de otro, reconocer el 18 de diciembre de 1923 que era "... un hombre que, por ausencia de algún astro de paz en mi horóscopo, estoy destinado al combate sin tregua de la oposición..."⁷⁰. Tal carácter, junto a su escasa talla periodística y el desconocimiento que tenía de la realidad y la idiosincrasia canarias, hacen explicable el estrepitoso fracaso que cosechó con el diario *La Mañana* en Santa Cruz de Tenerife⁷¹.

APOSTILLA FINAL

En las líneas precedentes, hemos recreado desde parámetros interpretativos el penoso periplo que el diario *La Mañana* protagonizó a inicios de los años veinte en Santa Cruz de Tenerife con el ánimo de ilustrar, a nivel de microespacio, las razones que hacen explicables la inviabilidad del modelo amarillista en la prensa española y, más aún, en la editada en la periferia del Estado. Aunque las enseñanzas que, a modo de moraleja, se desprenden de la historia que acabamos de contar son innumerables, dos reflexiones merecen una consideración conclusiva a la vista del interés que ofrecen a dos colectivos muy concretos: los profesionales y los historiadores del periodismo y la comunicación social. A nivel empresarial, las torpezas de Balbino Aguirre

⁷⁰ Confirmando tal aserto, el periodista coetáneo Antonio Martí rememoraría años más tarde la figura de Balbino Aguirre Lazareno haciendo referencia a "un periodista batallador y pendenciero" que llegó a la isla con la misma premura que desapareció tras el cierre del periódico (véase la obra de Antonio Martí: *70 años...*, op. cit., p. 214). Haciendo gala de una perseverancia encomiable, al mes escaso de cerrar *La Mañana*, en concreto, el 28 de enero de 1924, el insensato editor concurrió al mercado isleño con una nueva propuesta informativa, el semanario *La Mañana Gráfica*, en formato mediano con 10 páginas a 4 columnas, no sabemos por cuanto tiempo, porque se trata del único ejemplar conservado, el cual yace en la Biblioteca Municipal de La Orotava. Alzando en el editorial fundacional haber aprendido la lección con la experiencia anterior, en esta ocasión, Balbino Aguirre Lazareno prometía una línea editorial cauta y prudente para con los nuevos tiempos en clara alusión a la dictadura, que tradujo en una revista gráfica de literatura, ciencias, actualidades y modas en base a densos trabajos de redacción escritos en un desafortunado lenguaje retórico.

⁷¹ Dos décadas atrás, Santa Cruz había presenciado el fracaso de otro engendro informativo similar que, curiosamente, lució la misma cabecera, *La Mañana*, aunque en aquella ocasión subtítulo "Diario de Reformas Sociales", domiciliado en la calle San José e impreso en La Laguna porque carecía de talleres propios. A juzgar por el contenido monográfico de los dos únicos ejemplares conservados, sendos suplementos fechados el 8 y 13 de abril de 1904 que corresponden a los números 19 y 23 y están depositados en el Archivo Municipal de La Orotava, el proyecto debió ser concebido al calor del interés general que despertó por entonces la guerra ruso-japonesa, gancho informativo que los promotores intentaron acentuar echando mano de un amarillismo simplón y de esporádicos sorteos de joyas y dinero entre los suscriptores. Dada su disonancia en el panorama periodístico insular de la época, la empresa debió nacer a iniciativa, asimismo, de algún periodista foráneo, aunque no estamos en disposición de establecer relación alguna entre ésta y la posterior de los años veinte que ha sido objeto del presente artículo.

Lazareno ilustran magníficamente la necesidad que tiene todo aquél que quiera ejercer, con un mínimo de conocimiento de causa, la profesión periodística en el archipiélago, de conocer la historia de Canarias y, en particular, de la prensa isleña. A nivel intelectual, el hecho de tener que rebasar ampliamente las perspectivas específicas de las islas para comprender la trayectoria del periódico, demuestra que la historia del periodismo canario no se puede abordar sin un profundo conocimiento de la historia del periodismo español e, incluso, universal. En definitiva, extrapolando tales asertos a las restantes actividades económicas, políticas y culturales de la sociedad canaria actual, la investigación ha dejado en evidencia la enorme importancia que la historia, con su profunda, amplia y serena mirada hacia el pasado, brinda a todos los sectores sociales para que puedan desarrollar su labor con el acierto y la solidaridad que, cada vez más, reclama la “aldea global” en la que está inmersa la humanidad.